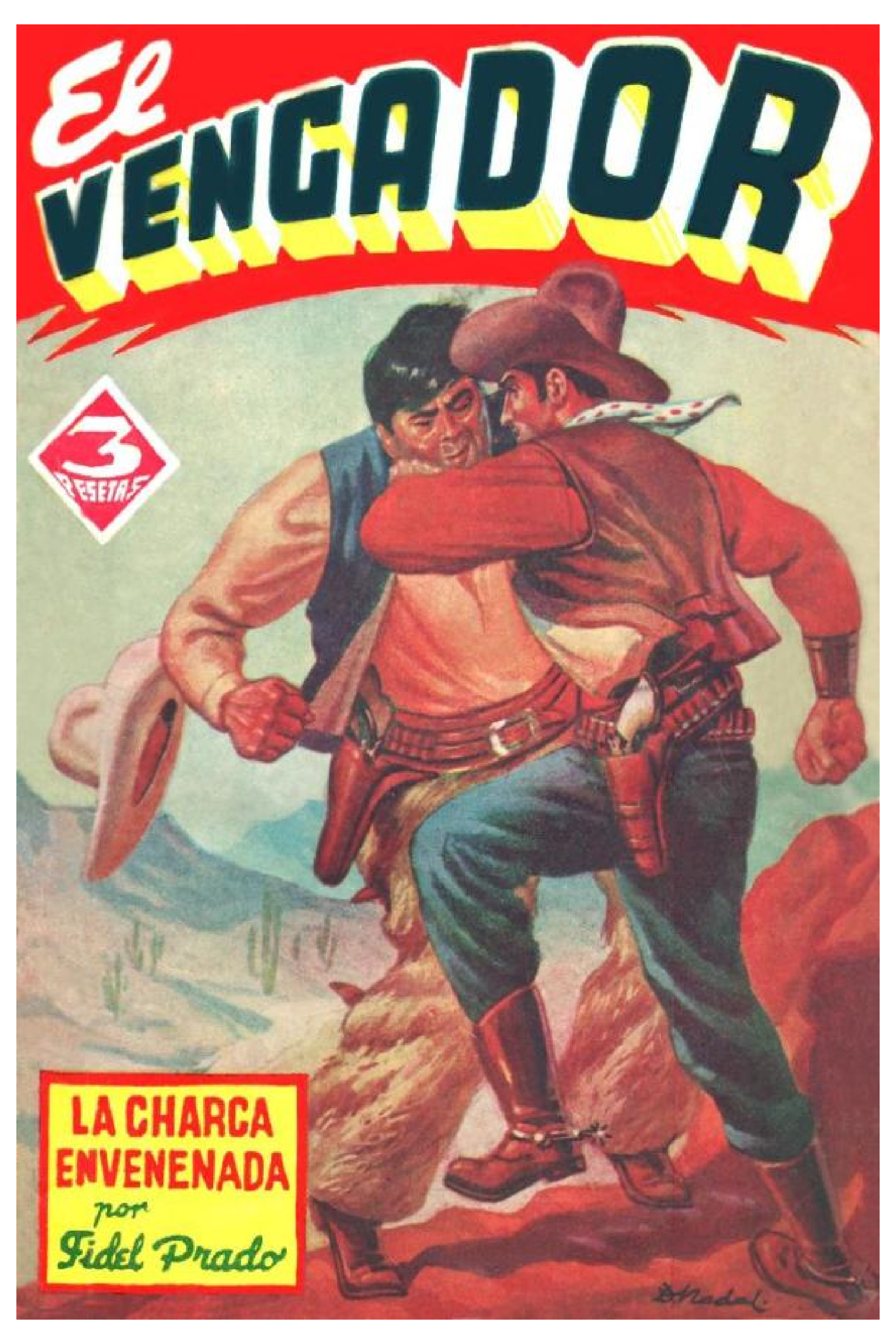

El VENGADOR
3 PESETAS
LA CHARCA ENVENENADA
por
Fidel Prado
D. Nadal



Núm. 7

La Charca Envenenada

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1. Juramento cumplido.
2. Jak, el Zurdo.
3. La presa trágica.
4. Un sheriff a la medida.
5. El rastro sangriento.
6. El jinete fantasma.
7. La charca envenenada

SEGUIRAN OTROS TITULOS

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*



CAPÍTULO I

EL NOMADA RETORNA



NA tibia y soleada mañana de principios de otoño avanzaba por el valle Escalante, camino de Walley Pine, un jinete montado en un precioso caballo bayo, el cual, a juzgar por el polvo que cubría sus flancos y lo que se marcaban en ellos los huesos de las ancas, debía haber realizado una larga y áspera caminata y debía tener sobre sus cascos muchos cientos de millas de recorrido.

El jinete, a pesar de que el sol era agradable y la mañana no se manifestaba hostil, viajaba envuelto en su manta de recia lana. Se apretaba ésta al cuerpo con cuidado y las alas de su polvoriento sombrero se inclinaban sobre sus ojos como si tratasen de ocultar su rostro.

A pesar de esta precaución, podía apreciarse en la cara del jinete

las huellas del sufrimiento. Los ojos le brillaban como si en ellos ardiese el rescoldo de una viva fiebre, tenía los pómulos reciamente marcados, los labios exangües y las orejas traslúcidas.

No obstante, se descubría en él la energía y la voluntad para resistir la fatiga del viaje, y cualquiera que se hubiese cruzado con él en el valle, le hubiese reconocido al punto, a pesar de las huellas que una aparente enfermedad o dolencia habían dejado en sus rasgos.

El jinete no era otro que Sol King, «El Vengador», quien después de permanecer en cama más de un mes a consecuencia de una grave herida que había sufrido en su titánica lucha con la familia Taft, a un buen puñado de millas del valle, regresaba a éste para tomarse un merecido descanso y recuperar las fuerzas y energías que tanto necesitaba para reanudar su terrible misión vengadora, a la que aún no había dado cima.

Sol, anhelando encontrarse en Walley Pine, animaba al caballo con ronca voz para que avanzase más aprisa, pero «Stard», que parecía darse cuenta del estado de su amo y que por otra parte también estaba muy trabajado, desestimaba las voces que le daba y seguía su trote lento, seguro de que siempre llegaría a tiempo al final de su viaje.

A Sol, no solamente le acuciaba el deseo de descansar y reponer fuerzas, sino el cosquilleo que le producía en las venas pensar en Magde Climpson, la hija del ganadero Lee, que tan expresivamente se había despedido de él el día que partiera para llevar a feliz término el voto jurado.

¿Continuaría Magde aguardándole, a pesar del año transcurrido, en el que, si bien él había enviado alguna noticia suya, en cambio, su constante movilidad le había impedido recibir ninguna de Walley Pine?

Al solo pensamiento de que Magde pudiera haber olvidado su promesa debido a su falta de comunicación, se le ponía un nudo en la garganta y la fiebre, que durante tantos días le devorara a causa de la herida, parecía acometerle de nuevo sacudiendo sus escurridas carnes y haciendo crujir el sólido armazón de sus huesos.

Por eso su afán espoleaba al caballo y sus ojos se clavaban en las ondulaciones del valle, buscando en la lejanía la silueta vaga del poblado donde se encerraba el objeto de sus amores.

Por fin, mediado el día, lanzó un hondo suspiro de alivio.

Había ido dejando a derecha e izquierda la grácil silueta de los más avanzados ranchos, perdidos en la llanura, con sus movibles rebaños de reses triscando la brillante hierba, y ahora, acababa de descubrir los vagos contornos del poblado, dormido entre árboles frondosos al amparo de unos farallones.

«Stard» pareció sentir la misma impresión que él, pues, sin darse cuenta, aceleró el trote y fue acortando la distancia acercándose insensiblemente a la etapa final de su viaje.

Por la machacada senda, se cruzaron con un carro cargado de heno, sin que el conductor hiciese aprecio de la personalidad del jinete, y Sol se preguntó si regresaría tan terriblemente desconocido, que sus propios convecinos no eran capaces de reconocerle.

Había avanzado un puñado de metros, cuando la silueta de un jinete, trotando por la senda con dirección hacia él, hizo latir su corazón con aceleramiento. Sol, que conservaba su aguda vista, había reconocido en el jinete a una mujer y se preguntó angustiado si esta mujer sería Magde.

Levantó las alas de su sombrero, terció la manta para no presentar aquel lamentable aspecto que había venido presentando durante la última etapa del viaje y siguió avanzando, acortando la distancia.

A cada paso le parecía reconocer mejor los rasgos finos y delicados de Magde y, sobre todo, aquel caballo blanco con manchas negras en las patas y el pecho, le era familiar en extremo.

Seguro ya de no equivocarse clavó las espuelas en los flancos de «Stard», que relinchó molesto de aquel trato, y se lanzó a gran galope al encuentro del jinete.

Este debió reconocer también a Sol, porque avivando el galope de su caballo, corrió hacia él, moviendo los brazos en un gesto amistoso de bienvenida.

En el breve tiempo que ambos caballos tardaron en cruzarse, Sol descubrió en su amada sensibles variaciones que le daban un aspecto distinto al que gozaba cuando la vio la última vez. Ahora, parecía más alta, más espigada, más enjuta de carnes. Su rostro moreno parecía curtido por el aire y el sol con más violencia, y su agilidad en la silla era más suelta, más libre, menos agarrotada que anteriormente.

También ella, que le examinaba con ansia, descubrió en su amado huellas del sufrimiento padecido y dejó vagar por sus ojos una luz de conmiseración, pero todo ello fue tan rápido que, apenas observado, la realidad del encuentro lo borró de sus mentes.

Sol, emocionado, alargó el brazo cuando Magda llegó a su lado y rodeando su talle con ansia, exclamó:

—¡Magde!...

—¡Sol!—repuso ella con voz desfallecida.

El, la retuvo un momento junto a su pecho y la joven se dejó reclinar sobre su hombro, murmurando:

—¡Oh, Sol!... ¡Qué demacrado y pálido vienes! ¿Qué te sucede?

—Nada, querida—afirmó él sonriendo—, nada que pueda ya alarmarte. He pasado por algún trance apurado, pero todo quedó atrás. Ahora, lo que importa es el mañana.

Luego, reaccionando, añadió:

—¿Y tú, cómo te encuentro tan tostada y tan delgada?

—Es que he estado fuera de Pine durante dos meses. Marché con mi tío a Módena y me he pasado todo el día a pleno sol entre el ganado. He hecho demasiado ejercicio en estos dos meses.

Ambos se separaron y, poniendo sus caballos al paso, se encaminaron al rancho.

—¿Y tu padre?—preguntó Sol.

—Muy bien. Los negocios se han consolidado después de la muerte de Jess; nada ha turbado la tranquilidad del valle. ¡Cuánto te hemos echado de menos!

—Y yo a vosotros; pero tú sabes que debía cumplir mi juramento... Mi padre me lo exigía desde el cielo.

—Bien, querido, pero ahora...

Una sombra cruzó por los ojos de Sol, el cual replicó evasivo:

—¡Por Dios, Magde!... No me amargues este momento tan feliz. Ahora sólo vivo para ti. Después...

—Esto quiere decir que no has terminado...

—No, Magde, aún no he terminado. Aún el Oeste es un nido de víboras que hay que limpiar. Ya, en muchos sitios, la Ley triunfa; pero quedan bastantes rincones por barrer. No te atormentes y me atormentes, y dame un nuevo margen de confianza. Un día, me marqué un plazo: un par de años. Apenas si ha transcurrido uno. Deja que, al menos, no rebaje la cifra.

—Pero, ¿olvidas que los peligros corridos no se pueden tentar continuamente? Hasta ahora, has escapado con vida. El corazón me dice que el plomo ha mordido tus carnes... ¿Y si en última instancia caes tú también? Tu misión no tiene límite marcado; los conflictos surgen a cada paso de tu caballo; tu ansia de justicia se extiende de un extremo al otro del Oeste, y un día, esa ambición puede hacerte morder el polvo. ¿Qué será de mí entonces? ¿Qué habré ganado yo con esperar un año y otro? ¿Sembrar flores de amor en el corazón, para dejarlas que se marchiten cuando iban a florecer?... Piénsalo bien, Sol.

El muchacho, atormentado por las justas razones de ella, sentía un dolor en el alma más agudo que el de su herida y, llevándose las manos a la frente, suplicó:

—¡Por favor, Magde! ¡No me atormentes más que yo mismo me he atormentado! ¡Cuánto me pesa ahora haber dejado prender en mi pecho la semilla de este amor!

—¿Estás arrepentido de él?

—¡Oh, no!; ¡no interpretes mal mis pensamientos!—se apresuró a aclarar Sol—. Me pesa por ti, por tus ásperas angustias, por tus sufrimientos, por esa incógnita diaria que te acongoja al pensar si, volveré o no. Por mí, no es; pero tú debes hacerte cargo de mi situación, de mi promesa. ¿Qué no harías tú por tu padre?

—Todo, Sol, pero… En fin; no hablemos más de eso. Has venido en busca de salud y de consuelo, y no es lo que te estoy brindando precisamente; pero yo he quedado aquí esperando también un consuelo que sólo podía llegar contigo, mas no para perderlo de nuevo, Dios sabe si para siempre.

En su conversación, se habían acercado al rancho de la joven, sin apenas darse cuenta, y cuando la situación se mostraba tirante y Sol se preguntaba si no hubiese valido más caer bajo la bala certera de Taft o haber muerto olvidado como un lobo en la cueva del monte sin el auxilio generoso y anónimo de aquel jinete fantasma que continuaba siendo su obsesión, una voz, ruda y alegre gritó a lo lejos:

—¡Sol!… ¡Sol King!… ¡Por San Jorge! ¿Es posible esto?

Magde murmuró por lo bajo: «Mi padre». Y un caballo avanzó al galope, saliendo al encuentro del nómada.

La ruda mano del ranchero Lee, estrechó con fuerza la ahora débil de Sol, y aquél, mirándole a la cara, exclamó:

—¿Qué es eso, muchacho, acaso vienes enfermo?

—No, señor Climpson, convaleciente nada más.

—Bien, eso se pasará pronto con el reposo y la buena alimentación. Pasa, muchacho, ya hemos sabido de tus hazañas, que también aquí llegan las noticias y no ignoramos que te has constituido en el héroe del Oeste.

—No tanto, señor Lee. Es cierto que he intervenido con fortuna en unos cuantos sucesos y que he realizado algunas buenas acciones, pero sin ánimo de popularidad. Usted sabe que todo fue una satisfacción espiritual a la memoria de mi padre.

—Bien, Sol, bien. Tú siempre tan modesto, pero nadie, empezando por mí, puede olvidar lo mucho que te debo. Yo siento una gran satisfacción en volverte a ver por aquí y espero que me honres siendo mi huésped hasta que te canses.

Alcanzaron el rancho donde los *cowboys*, que acababan de dejar los pastos para comer, le recibieron con gritos de entusiasmo. Los muchachos, por afinidad con los hombres de temple, sentían por él adoración y hasta una noble envidia.

Aquella noche, a instancias de Lee, Sol hizo un relato somero de sus andanzas por el Oeste, siendo escuchado por todos con emoción. Tanto Impey, el *sheriff*, que ya se había repuesto de sus terribles heridas, como el juez Crow, que asistían a la cena, le felicitaron

efusivamente y proclamaron que había hecho cuanto un hombre podía hacer para cumplir un voto.

Lo que más intrigó a todos, fue el conocimiento de su última actuación cerca del valle. La intervención de aquel misterioso jinete que en realidad le había salvado la vida, era algo que intrigaba a todos sin acertar a definir la posición de tan extraño agente.

Magde, oculta en un rincón, seguía con interés el relato y la vehemencia que Sol ponía al hablar del jinete, y en algunos momentos, la respiración se le hizo fatigosa y parecía que iba a estallar en un sollozo.

Por fortuna, nadie se fijó en sus reacciones y pudo serenarse cuando Sol dio fin a su relato.

—Es muy extraño todo eso—afirmó Lee—. ¿No tienes idea de quién puede ser ese jinete?

—¿Usted cree que, si lo sospechara, no habría hecho todo lo posible para comprobarlo y expresarle mi más vivo agradecimiento? Por desgracia, es una incógnita.

—¿Y dices que sientes la sensación de que se trata de una mujer?—preguntó el juez Crow.

Sol, miró furtivamente a Magde y, al descubrirla más roja que la grana, afirmó:

—No, no he dicho eso; he dicho que, por su tipo, parecía una mujer joven disfrazada de *cowboy*, pero eso nada quiere decir. Hay muchachos flexibles y elegantes, que pueden dar esa sensación a larga vista. Por otra parte, no considero a una mujer capaz de meterse en esas terribles aventuras y mostrarse con el valor y la energía de un hombre.

Ya, a altas horas, la reunión se deshizo y los huéspedes se retiraron. Magde fue encargada por su padre de conducir a Sol a las habitaciones que le habían sido destinadas.

Al cruzar por la galería, Sol se detuvo un momento, echando un vistazo al exterior.

La noche, aunque un poco fría, era hermosa y subyugante. Una luna grande y azul inundaba de plata los Campos aún verdegueantes, y las siluetas de los montes se desvanecían como sombras en la lejanía.

Sol retuvo a Magde por los brazos y, con voz velada por la emoción, susurró:

—¿Te acuerdas, Magde? Fue aquí donde…

Ella inclinó la cabeza y musitó:

—Sí… aquí fue donde te prometí esperar. Al fin has llegado. ¿Y ahora?

—Calla, por favor, no rompas el encanto del recuerdo.

Ella, como atormentada por una duda, le tomó del brazo y

obligándole a volver el rostro, exclamó:

—¡Mírame, Sol!

—¿Qué pretendes? —preguntó él extrañado—. ¿Acaso es que dudas que mi amor sea el mismo?

—No sé, no quiero dudar, quiero creer en él con la misma fuerza que creo en el mío; pero tú… tú estás corroído por algo que enciende mis celos.

—¿Yo? —exclamó sorprendido Sol.

—Sí, Sol. Ese jinete fantasma… esa mujer…

Él le tapó la boca con vehemencia, afirmando:

—¡No destroces más mi corazón, Magde! Te juro por la memoria de mi padre que nada ni nadie podrá arrojar de mi corazón tu amor y tu imagen. No sé de quién se trata; he sospechado, y te lo confieso que se trata de una mujer; pero por muchas vidas que la debiese procuraría pagárselas con todo menos con un amor que ya no es mío, porque te lo entregué a ti por entero.

Ella bajó los ojos y murmuró henchida de felicidad:

—Gracias, Sol, es cuanto deseaba saber.

Sol, dolido y complacido a la par por aquel vehemente interés de la muchacha, la oprimió amorosamente entre sus brazos, afirmando:

—Tú sabes que eres mi primer amor y el único. Si alguien tratase de meterse en mi vida, elija el camino que elija, fracasará, porque yo sólo seguiré el que me dicte mi conciencia. Tú puedes estar segura de mi amor, como yo lo estoy seguro del tuyo, aunque no pueda afirmar que el destino orille fácilmente todos nuestros deseos.

—¿Por qué?—preguntó Magde angustiada.

—Porque tú eres rica, y yo pobre. Tu padre posee un buen rancho, tú heredarás un día más propiedades de los tuyos, y yo sólo tendré, cuando termine mi negra misión, un porvenir oscuro por delante. Podré trabajar, ser un buen peón, acaso un excelente capataz, pero nunca podré brindarte una compensación económica como la que tienes, y tu padre…

Ella le tapó la boca con ansia exclamando:

—¡Cállate, Sol, no me ofendas ni ofendas a mi padre! El día que tú te decidas a pedirle la mano de su hija puedes estar seguro de que Lee Climpson no será el hombre egoísta que tú sospechas. Mi padre no vendería la felicidad de su hija por todo el oro de California.

—¿Cómo lo puedes asegurar? —preguntó él tristemente.

—Pues… ¡Porque ya se lo he preguntado!

Sol quedó un momento rígido y trató de abrazar a la muchacha, pero ésta, ruborosa y avergonzada de haber confesado el paso que había dado cerca de su padre, se escurrió de sus manos,

abandonando la galería, y Sol, llevándose las manos al corazón para refrenar sus latidos, se dirigió a su dormitorio, bendiciendo a la muchacha y jurándola un amor eterno.

CAPÍTULO II

UNA LLAMADA ANGUSTIOSA



L siguiente día, Sol abandonó el lecho muy temprano y, antes de darse a ver de nadie, montó a caballo y se dirigió al cementerio a visitar la tumba de su padre.

La creía abandonada en su ausencia y sintió una sensación de angustiosa alegría al descubrir que la losa había sido rodeada de una pequeña cerca y que las flores crecían en derredor, alegrando un poco tan tétrico lugar. Sobre la piedra yacía un ramo medio ajado de siemprevivas, y Sol no dudó en afirmar que aquella ofrenda delicada, aquel recuerdo piadoso al muerto, procedía del espíritu sutil y de la delicadeza de Magde.

De rodillas, rezó una oración ante la tumba y después regresó al rancho, donde ya Magde se ocupaba de atender sus funciones domésticas.

Él la tomó la mano con emoción, diciendo:

—Gracias, Magde; ese recuerdo piadoso que has tenido para mi padre será algo que no olvidaré nunca.

—¿Quién lo iba a tener si no, estando tú ausente?

—No importa; es demasiada sutileza. Eres la mujer más sensitiva que puedo conocer en el mundo.

Ninguno aludió a la escena de la noche anterior; pero Sol parecía poco propicio a enfrentarse con el ranchero, después de saber lo que ella le había confesado.

Pero no pudo evadir su encuentro y trató de mantenerse firme en su presencia.

Lee, sonriendo complacido, le tomó por un brazo y llevándosele a un rincón del patio, preguntó:

—¿Cuáles son ahora tus planes, Sol?

Este, confuso, balbuceó:

—Realmente no me atrevo a pronosticar. Mi salud está un poco quebrantada y…

—No te pregunto para mañana precisamente, sino para cuando

te repongas.

Sol hizo un esfuerzo y replicó:

—Usted debe hacerse cargo de mi situación, señor Lee. Yo hice un juramento...

—Bien, no soy el llamado a pedir que lo quebrantes, si crees que está sin cancelar. Soy hombre y me hago cargo de tu situación. Claro es que las mujeres no piensan igual, y mi bija...

Sol, con un nudo en la garganta y más temor que si se estuviese enfrentando con una docena de forajidos, le interrumpió vacilante para decir:

—Señor Climpson, me está usted brindando una oportunidad que no sabía cómo provocar, para sincerarme con usted y pedir su perdón y voy a aprovecharla, porque entiendo que las situaciones deben ser cuanto más claras, mejor. Yo sé que he obrado mal llevando mi asunto por derroteros contrarios y debo suplicar su perdón. Debí hablar antes con usted y después...

—Escucha, Sol; no seas ridículo. No era a mí sino a ella a quien tenías que hacer el amor.

—¡Oh, claro!, pero usted es su padre; su consentimiento es el todo.

—¿Te lo he negado acaso?

—Es que aún no he cumplido mi deber pidiéndoselo...

—Pero me lo ha pedido ella por ti, y basta.

Sol, con la frente arrugada, objetó:

—Quizá baste para ella, porque es una mujer ideal y sin egoísmos, pero no para usted y para mí. Usted también, demasiado bueno, no ha debido pararse a pensar que yo soy pobre, más pobre que nadie. No tengo capital ni empleo. Lo poco que poseía me lo estoy gastando en esta obra de justicia que me he impuesto y, cuando la termine, seré un pordiosero sin tener siquiera un empleo donde ganarme el sustento.

Lee rompió a reír, diciendo:

—¿Tendría yo rancho y mieses, y ganado, si no hubiese sido por tu valor y heroísmo? Vamos. Sol, no seas ridículo. Lo que hoy tengo te lo debo a ti, y eso que tengo, un día tendré que dejárselo a alguien. Ese alguien será mi hija; pero mi hija no es un hombre para saberlo defender y necesita el hombre que defienda eso y lo agigante. ¿Quién mejor que tú que me lo has salvado y que amas a Magde?

Sol, ante el razonamiento, sólo pudo contestar:

—En cuanto a eso, puede estar usted seguro de que mi vida la consagraré a su hija y a sus intereses.

—Pues no se hable más, muchacho. Lo trágico ahora es que Magde no quiere que sigas exponiendo tu vida con peligro de su

cariño. Este es el hueso a roer.

—Lo comprendo, y yo mismo vacilo a pesar de mi entereza. Quisiera haber retrasado este viaje para venir con mi misión totalmente cumplida. Sólo este accidente me obligó a adelantar el viaje.

—Me hago cargo y no te violento; pero te pido que lo medites. Mi hija es un torbellino lleno de voluntad. Recientemente, acosada por tu recuerdo, hizo un día su equipaje y me dijo que se iba con su tío a Módena. No podía resistir esto, lleno de recuerdos angustiosos para ella. No sé cómo se las habrá entendido con mi hermano, que es un parecido a ti, que sólo sueña con andar a tiros, a pesar de sus sesenta. Si Magde hubiese sido chico, él hubiese sido capaz de haberla hecho pistolero. Le escribí una vez preguntando cómo se las entendía, y me contestó mandándome al diablo. Dice que soy un padrazo, que estoy criando, en lugar de una ranchera, una dama de capital del Este, y tuve que dejarle por imposible. Tampoco Magde fue más cordial hasta su regreso y me temo que si ahora te vuelves a marchar regrese donde su tío, y un día aparezca nombrada *sheriff* de algún pueblo, o cosa por el estilo.

Sol rio la ocurrencia y no se habló más porque Magde se acercaba y Sol no quería volver a tratar el tema con ella, al menos mientras pudiese evitarlo.

Durante un mes la vida en Walley Pine fue una gloria para ambos enamorados. No se volvió a hablar de la posible partida de Sol, y Magde, mujer sutil, se esforzaba de un modo natural en crear argollas tan sólidas a la cadena que le retenía a su lado, que ya estaba confiada en que él se sentiría inclinado a cancelar la promesa y a sentar definitivamente su vida en el rancho, donde, de un modo indirecto, estaba oficiando de capataz, sustituyendo a Lee, que le confiaba todo lo concerniente al ganado y a la administración del rancho.

Pero un día la fatalidad terció en aquel ambiente sereno y amoroso, y el destino se obstinó en que Sol cumpliese hasta el límite la misión trágica que se había impuesto. Al mes justo de encontrarse Sol en Pine, y cuando ya se había repuesto del todo y se encontraba más fuerte que nunca, un jinete se detuvo a la puerta del rancho, preguntando por él.

Sol, que se hallaba en el porche tomando el sol en unión de su amada, salió a recibir al inesperado mensajero, el cual, mirándole intensamente, preguntó:

—¿Es usted realmente Sol King?

—¿Tiene usted algún motivo para dudarlo?

—No. Pero es que traigo el encargo de entregar en su mano una carta y no quiero hacerlo por delegación.

—¿De parte de quién?—preguntó Sol extrañado.

—De parte de Leslie Walling, el *sheriff* de Lund. Yo soy su ayudante.

El jinete, como demostración, volvió la solapa de su chaqueta mostrándole la estrella de cinco puntas, y Sol, acometido de un presentimiento, preguntó:

—¿Qué quiere de mí el señor Walling?

El jinete, sin contestar directamente a la pregunta, sacó una carta del pecho y se la entregó diciendo:

—Aquí tiene usted la respuesta.

Sol, intrigado, rasgó el sobre y se puso a leer la misiva, mientras Magde, más pálida que una muerta, leía por encima del hombro de él.

La carta decía así:

> «Amigo Sol King:
>
> »Recordará usted que cuando nos conocimos a causa del asalto de la diligencia del Valle de Escalante le insinué que acaso un día precisase su ayuda, y que usted, con su proverbial valentía, me la brindó incondicionalmente. Pues bien, el momento de usar de su ofrecimiento ha llegado. No le explico el motivo por ser largo; pero sepa que, debido a él, estoy en cama con dos tiros en el pecho y que, en la imposibilidad de dar remate a la obra, acudo a usted seguro de que su decisión de luchar por la causa de la Ley no se habrá enfriado y que no vacilará en prestarme ese apoyo que tanto necesito.
>
> »No quiero ocultarle que hay peligro y que es un peligro oculto; el más vil y rastrero que existe. Los criminales, cobardes y medrosos, se esconden en el anónimo; pero sus revólveres vomitan la muerte entre las sombras y hay que maniobrar muy alerta para evitarlo.
>
> »Haga el favor de responder con el emisario que le entregará esta carta, si puedo o no contar con su ayuda. El caso urge y quizá, de su decisión, dependa la vida de algunas otras personas.
>
> »Le da las gracias y le saluda cordialmente,
>
> Leslie Walling,
> *Sheriff* de Lund»

Sol se quedó tenso y pálido con la carta en la mano. Un hombre valiente y decidido, defensor de la Ley, había caído en lucha con los forajidos y solicitaba de él ayuda; él no podía negársela; sería faltar a su juramento y sentar plaza de cobarde, cuando había luchado por

demostrar todo lo contrario.

Miró angustiosamente a Magde, la cual vaciló durante un instante; luego, procurando dar firmeza a su voz, exclamó:

—Tienes que ir, Sol. Me duele ser yo quien lo diga, pero no quiero aparecer tan egoísta que niegue a los demás lo que un día deseé de ti para los míos. Contéstale que irás.

—Gracias, Magde—repuso Sol con temblores de emoción en la voz—. Eres la mujer más grande y adorable de todo el Oeste.

Se volvió al jinete, diciendo:

—Márchese, y diga a Walling que iré rápidamente. Cuide de él, por si su vida corre aún peligro.

El ayudante sonrió extrañadamente y repuso:

—Creo que mientras esté boca arriba contemplando el techo de su habitación, nada tendrá que temer; en cambio, le recomiendo que sea usted quien se guarde muy bien cuando se dirija allá. Usted es quien corre peligro, como lo corremos los que estamos en situación de actuar por el *sheriff*; no quiero ocultarle que, cuando salí de Lund, alguien debió imaginarse el motivo de mi viaje y quiso cortarme el paso. Los tiros se perdieron entre el polvo de mi caballo, pero fue un aviso elocuente.

El jinete partió a lomos de su caballo, un magnífico animal, veloz como una centella, y Sol se dispuso a realizar sus preparativos de marcha.

Lee no hizo comentario alguno cuando tuvo noticias de lo sucedido. Comprendía la situación y se alegraba de que, si Sol debía continuar su misión, no hubiese partido de él espontáneamente el querer marchar, sino que el destino hubiese mediado para darle la razón y una disculpa.

Magde, después de sus valientes palabras, se encerró en su dormitorio a llorar. Se le laceraba el alma saber que su prometido partía para una acción peligrosa y que ella hubiese tenido que ser la primera en animarle a marchar.

Aquella tarde, cuando el sol empezaba a declinar, «el Vengador», con todo dispuesto, se preparó para la marcha y, llevándose a Magde lejos del rancho, dijo emocionado:

—Espero que no me guardes rencor y que sigas teniendo fe y confianza en mí. Te confieso que me estaba dejando vencer por tu cariño y que de no haber surgido esto, no sé qué hubiese sucedido al final. El destino ha mediado inflexible para advertirme que mi voto aún no está cumplido y debo ir a cumplirle hasta el final.

—¿Dónde estará el final de todo esto, Sol?—preguntó ella confusa.

—Donde Dios lo tenga dispuesto, Magde, y no creo que sea tan inclemente, que trunque nuestro risueño destino, sabiendo que todo

lo hago en favor del bien. No temas, que todo se arreglará.

—Bien, Sol; no quiero que partas cohibido por mí. Usa de tu valor y de tu ingenio, pero sin temeridad suicida. Que nadie pueda tildarte de cobarde, pero tampoco te exija más de lo que humanamente puedas hacer.

—Seguiré tu consejo.

—Y no olvides que, como aquella noche, hoy te repito: «te esperaré»; pero bien entendido, que el día que regreses será para enfundar el revólver y no volverlo a sacar sino es para defender tu propia vida, si alguien osara atacarla.

—Prometido—dijo él solemnemente.

Un casto beso fue la señal de refrendo de aquel pacto, y Sol, libre de preocupaciones, marchó al rancho, tomó su caballo y, despidiéndose de Lee y de sus hombres, se lanzó al valle, sin atreverse a volver la cabeza para no sentir una flaqueza de ánimo que jamás había sentido.

Magde, desde la galería del rancho, le vio partir con el corazón destrozado, y cuando más tarde se reunía con su padre y éste trató de prodigarle frases de consuelo, ella, enérgica, replicó:

—¡Déjame, papá, no estoy para palabras! No puedo soportar continuar aquí cuando cada trozo de terreno me hablara de él y hará más dolorosa su ausencia. Si no te causa dolor, prefiero volver a Módena con el tío.

Lee la contempló con fijeza y, después de un momento de duda, dijo:

—Bien, chiquilla; no seré yo quien pretenda hacerte el tiempo más doloroso que en realidad es. Claro que me causará pena tu ausencia, pero... si allí has de ser más feliz y te ha de producir menos duelo la espera, vete.

—Gracias, papaíto, eres muy bueno—repuso Magde.

Y llorando con desconsuelo se abrazó a él convulsamente.

* * *

Sol caminó durante toda la noche bajo el beso de la luna y flagelado por un cierzo frío que le obligó a cubrirse con la manta.

Había olvidado las noches frías en la estepa o las montañas, y ahora tenía que aclimatarse de nuevo a aquella vida áspera y peligrosa que, la estancia en el rancho, le había hecho casi olvidar.

Sol, cogiendo el consejo del ayudante del *sheriff* de Lund, quiso pasar todo lo desapercibido posible y decidió hacer el viaje de noche.

Casi de madrugada, después de más de treinta millas de viaje,

hizo alto en Newcastle, un pueblo situado a mitad de camino entre Pine y Lund, y después de descansar todo el día, reanudó la marcha al anochecer, para hacer un recorrido similar y entrar en el poblado de madrugada.

Cuando se iba aproximando a Lund, empezó a tomar toda clase de precauciones. Primero caminar por lugares descampados, donde no le sorprendiese una posible emboscada, y más tarde, cuando el camino se cerró debido a los accidentes del terreno, avanzaba registrando el paisaje y con el rifle atravesado sobre la silla y al alcance de la mano.

Pero nada extraño sucedió, y cuando alboreaba, se halló a menos de una milla y media de Lund.

Dobló un recodo del camino para adentrarse por una trocha que cortaba espacio hacia la senda, cuando llamó su atención algo caído en el suelo y atravesado sobre el estrecho paso, y cuando se acercó con toda clase de precaución, observó con asombro que se trataba del cadáver de un hombre.

Muy intrigado, se apeó del caballo, registró las inmediaciones para convencerse de que no había nadie al acecho, y cuando quedó medio tranquilo, se acercó al caído.

Este yacía de bruces sobre la tierra empapada de sangre y presentaba un balazo en la espalda. Debía ser atacado a traición y sin tiempo para defenderse.

Al volverle de lado para examinarle, lanzó un juramento y quedó envarado. En el muerto había reconocido al ayudante del *sheriff* de Lund, el cual le había llevado la carta solicitando su ayuda.

Se disponía a cargar con el muerto para trasladarle al poblado, cuando en el pecho del cadáver descubrió un papel que alguien le había introducido dejando una parte visible. Con curiosidad, tiró del papel, descubriendo que estaba escrito.

La letra era grande y, al parecer, trazada con ánimo de desfigurar el carácter del que la había trazado. Sólo contenía dos renglones que decían:

> Esta es la suerte que le espera a todo el que ose intervenir en el asunto de la charca envenenada.

Sol, después de examinar el papel con atención sin encontrar nada más en él, lo dobló con cuidado, se lo guardó en el bolsillo, y sacando a su vez otro trozo de papel bastante grande, escribió en él febrilmente.

Luego buscó con la vista, y al descubrir un grueso roble a un lado de la trocha, lo clavó en él en sitio visible.

El nuevo escrito decía escuetamente:

> Sol King, «el Vengador», acepta el reto, y advierte que, colgará de este mismo árbol a cuantos intervengan en el asunto de la charca envenenada.

Ya tranquilo, se dirigió al cadáver, lo tomó en sus brazos, lo atravesó sobre su caballo al no descubrir el que el ayudante del *sheriff* había usado para el viaje y se dirigió al poblado.

La gente empezaba a circular por las calles cuando Sol penetraba en ellas. Era la hora de acudir al trabajo y buena parte de los habitantes de Lund se dirigían a cumplir sus obligaciones.

El paso de «el Vengador» portando aquel cadáver, que colgaba por los lados de la silla, llamó poderosamente la atención de los transeúntes, los cuales se quedaban parados a su paso, comentando la llegada de aquel extraño jinete con tan fúnebre carga, y aún alguno se atrevió a acercarse, tratando de reconocer al muerto que pendía con la cabeza vuelta hacia id suelo.

Un *cowboy*, que se dirigía a un rancho cercano, se inclinó y, al reconocer el cadáver, gritó:

—¡Por los cuernos de una vaca!... ¡Si es Jones, el ayudante de Walling!

Sol asintió, y deteniéndose un momento, interrogó:

—¿Quiere usted decirme dónde están las oficinas de Walling? He encontrado asesinado a este hombre en el camino y quiero hacerle entrega de él.

—¡Pero si es su ayudante!

—Ya lo sé. He visto su estrella. ¿Quiere encaminarme a las oficinas?

El *cowboy* extendió la mano y dijo:

—Siga adelante; al llegar a la segunda calleja, tuérzala, y al final, hay una pequeña plaza. Allí verá el cartel en un edificio de una sola planta.

—Gracias.

Sol siguió caminando acompañado a distancia por algunos curiosos y cuando llegó a la plaza, descubrió el edificio de las oficinas en un esquinazo. Acercándose a él, aporreó la puerta.

Un muchacho joven, de rostro enérgico y ojos claros, abrió, mostrando el amenazador cañón de un revólver y preguntó con voz incisiva:

—¿Quién es usted y qué desea?

—Ver a Walling.

—Lo siento, está enfermo y no recibe a nadie.

—A mí, sí. Me llamo Sol King y he sido llamado por él.

El muchacho, al oírle, guardó el revólver en su funda y exclamó:

—¡Gracias a Dios que ha llegado! Leslie creía morirse sin poder hablar con usted. ¿Le llegó el aviso?

—Sí.

—Creíamos que no, porque no retornó mi compañero, que fue el encargado de llevarlo.

—Su compañero no pudo retornar, porque se lo impidió la muerte. Yo se lo traigo después de haberle recogido muerto por la espalda a milla y media de aquí.

El muchacho, palideciendo, abandonó la puerta, corriendo hacia el caballo de Sol que había quedado en el esquinazo, y al descubrir la verdad del aserto, lanzó un rugido de rabia.

—¡Oh, Jones!... Por fin esos bandidos se están saliendo con la suya y cumplen sus amenazas de ir eliminándonos a todos. Pero ¡yo juro por tu cadáver, que, si no logran hacer lo propio conmigo, algún día les descubriremos y entonces pagarán todos sus crímenes!

Sol le dejó desahogarse y luego exclamó:

—Bien, joven, creo que estamos de acuerdo en eso. Haga el favor de llevarme a presencia de Leslie, y luego hágase cargo de los despojos de ese infeliz.

El muchacho le hizo pasar, conduciéndole a una habitación interior, y luego, empujando una puerta, exclamó:

—Señor Walling, aquí tiene usted a Sol King, a quien esperaba con tanta impaciencia.

El *sheriff*, pálido y demacrado, realizó un esfuerzo poderoso para incorporarse en el lecho y balbuceó:

—Perdone, Sol, que le reciba así, pero... me han puesto el pellejo como un colador. Lo cuento de milagro, y no creí que pudiese contárselo a usted precisamente.

Sol se adelantó, mientras el muchacho desaparecía y dijo:

—Consuélese de poder contarlo. Hay quien no podrá hablar una palabra más sobre este asunto.

—¿Quién?—preguntó asustado el *sheriff*—. ¿Acaso ha habido más víctimas?

—Sí; su ayudante Jones. Escapó de la muerte cuando corría en mi busca, pero no pudo escapar a su regreso. Ahí le traigo su cadáver que he encontrado a las puertas de Lund.

CAPÍTULO III

LA CHARCA ENVENENADA



EFLEJÓ Walling en su moreno rostro la penosa impresión que le había causado la noticia y, tras un momento de silencio, preguntó:

—¿Y usted, no ha sufrido contratiempo alguno?

—No, por fortuna. Solamente he encontrado sobre el cadáver este elocuente aviso.

Leslie lo leyó y comentó:

—No se arredran. Ya han conseguido ponernos fuera de combate a dos. En cuanto sepan que usted…

—Ya lo deben saber. He colocado un cartel en un árbol, advirtiendo que acepto el reto y que colgaré a los que haya que colgar de ese mismo árbol. Espero la respuesta.

—Pues no tardará en tenerla. Quien sea, es gente que no retrocede ante nada.

—Bien. ¿Quiere usted ponerme en antecedentes de lo que sucede? Cuanto antes quede impuesto, antes podré empezar a maniobrar.

El *sheriff* le hizo señas para que se sentara a su lado y, luego de respirar con dificultad, dijo:

—El asunto es complicado como un demonio y no veo la solución por parte alguna.

»Esta parte del valle, no anda muy bien de agua, sobre todo en las épocas de sequía. Cuando éstas llegan, el ganado padece sed y las únicas reservas que se le pueden brindar para sostenerle cuando los arroyos se secan, es una enorme balsa que hay a tres millas, y que se titula, por tradición, «La charca milagrosa».

Este nombre tiene una justificación. Cuando todos los arroyos en veinte o treinta millas a la redonda quedan agotados, siempre hay uno que mana agua y va a morir a la balsa, la cual almacena todo el año el agua y sirve para remediar la penuria de los estíos abrasadores.

Esta charca no es propiedad de nadie, sino del Estado; pero se

forma en terrenos colindantes con cuatro terratenientes, cuyas propiedades, al unirse y delimitarse, forman este vano donde el agua se embalsa.

Ahora bien, el agua procede de un gran arroyo que corre por los terrenos de Henry Wallace, uno de los rancheros más antiguos de la comarca.

Los pastos de Henry quedan cortados por un enorme farallón, en el que nace el caudal de agua. Este, por un capricho de la Naturaleza, se despeña a través de las grietas de dicha pared, forma recodos y cascadas, y luego escapa por una enorme fisura para salir al embalse.

Wallace ha realizado esfuerzos terribles para encauzar el agua dentro de sus pastos, construyendo una laguna para recogerla, y desde ella dejar escapar la que no pudiese ser embalsada; pero el proyecto, si no es irrealizable, exigiría un trabajo y un gasto, que Wallace no está dispuesto a realizar, no sé si por carecer de fondos o por estimar que es excesivo.

Cansado de ver cómo el agua que le pertenece escapa de sus manos y se pierde en beneficio de otros, concibió hace un año el proyecto de adquirir el terreno del embalse y hasta hizo gestiones para adjudicárselo; pero enterados los demás rancheros de su decisión y convencidos de que ello sería la ruina comunal, le visitaron para rogarle que desistiese de una cosa que también los demás podían haber intentado, y que por decencia y por conservar la paz en el valle no quisieron hacer.

Wallace se mostró opuesto al ruego. Entendía que procediendo el agua de sus tierras tenía derecho a ella, y ya que hacer un nuevo embalse le costaba mucho más que adquirir el terreno de la charca, optaba por esto último.

La discusión se agrió y los rancheros, como puestos de acuerdo, le juraron que si adquiría la charca y les privaba del agua le matarían.

Wallace tomó miedo, no porque sea cobarde, sino porque son muchos enemigos para uno solo, y desistió, con lo que el conflicto pareció quedar muerto.

Pero este verano se agudizó la cuestión de la escasez de agua. Hasta el manantial que surte la charca sufrió una gran merma y el ganado ha padecido sed con exceso. De nuevo Wallace resucitó el viejo pleito. Su ganado se desnutrió terriblemente por malos pastos y poca agua y reincidió en la compra de la charca.

Volvieron las amenazas y los disgustos, y cuando la tensión era más alta sucedió algo increíble.

Un buen número de reses pertenecientes a diversos ganaderos murieron casi repentinamente y de una manera extraña, y tras

mucho estudiar el asunto se vino a sacar en claro que alguien había envenenado el agua de la charca, arrojando a ella buena cantidad de arsénico.

Hubo encuentro y tiros entre algunos equipos; Wallace estuvo a punto de ser muerto a tiros, y los rancheros, para evitar la repetición, trabajaron como fieras para expulsar del embalse el agua contaminada y montaron una guardia perpetua en torno a la charca para evitar que se acercasen elementos extraños.

A pesar de estas severas precauciones, el agua ha sido envenenada de nuevo, y ahora, es tal el recelo que existe que todos se acusan del sabotaje, pretendiendo que unos y otros quieren expulsar del valle a sus competidores, y la cuestión ha adquirido tal dramatismo que no hay día en que alguien no resulte herido por cuestión del mismo tema.

Se ha llegado hasta hacer un recuento de reses muertas para calcular quién pueda ser, pues sustentan algunos la rara teoría de que el autor cuida de perder pocas reses para aparentar ser una víctima igual, pero perdiendo lo menos posible, a ver si logra deshacerse del rival al privarle de la mayor cantidad de ganado que posee.

En esta situación, y temiendo que un día se produzca una batalla campal, decidí tomar cartas en el asunto y realicé algunas gestiones, a ver si yo, sin pasión de ranchero, conseguía aclarar el asunto; pero apenas inicié mi actuación me encontré con un aviso alarmante, recomendándome que no me inmiscuyese en este asunto y lo dejase que se resolviese por sí solo.

Indignado, en lugar de obedecer, decidí extremar mi gestión. Visité a Wallace y a algunos de los más exaltados, tratando de obtener algún dato que me orientase, y hace unos días, cuando decidí visitar, no la charca, sino el arroyo que la surte, fui sorprendido en lo alto de un farallón y recibí dos tiros sin saber de dónde procedían.

Este es el asunto y así es como está. No puedo hacerme una idea de quién puede ser el agresor, ni de dónde parte ésta; pero presiento que hay algo gordo debajo de este asunto, al parecer tan trivial, y por eso me he decidido a llamarle a usted, ya que el personal con que cuento carece de experiencia y de astucia para investigar un caso como éste. Es cuanto puedo decirle, a menos que desee usted algún detalle suplementario que le sirva de guía o ayuda.

Sol, que le había escuchado con profunda atención, preguntó:

—¿No tiene usted la menor idea de quién pueda actuar en la sombra?

—Si la tuviera, ya le había hecho detener, pues sólo a él podía achacarle el atentado contra mí y ahora la muerte de mi ayudante.

—Tiene usted razón. El asunto es muy complejo. Todo parece girar en torno a ese Wallace.

—Sí, pero no se deje sugestionar por ello. No quiero apartarle de la lista de sospechosos, pero no todos los que actúan en torno al agua son santos. Algunos tienen un historial dudoso; otros se odian entre sí, y esto obliga a pisar despacio y a no confiar en ninguno.

—Bien, procuraré orientarme lo mejor posible, suponiendo que no me pongan trabas a mi actuación.

—No se las pondrán, porque aquí tengo preparado un escrito delegando el cargo en usted, mientras me encuentre en cama, si es que salgo de ésta. Será usted el *sheriff* efectivo, y nadie osará enfrentarse con usted.

—Muchas gracias, y ahora, como comprendo que no está usted para usar de sus pocas fuerzas, le dejaré para buscar alojamiento. No se preocupe más del asunto y a cuidarse, que es lo que precisa.

—¿Por qué no se queda aquí? Tengo casa para usted.

—Gracias, pero prefiero actuar libremente. Podría ponerle nuevamente en peligro, y no quiero. Sospecho que ahora la cruzada irá contra mí y he de procurar no meterme en ninguna clase de ratonera que ellos puedan cercar.

—Como usted quiera. Le doy carta blanca en el asunto. Ahí, en el cajón de mi mesa, encontrará el nombramiento y la estrella.

—Los tomaré, pero no pienso irlos exhibiendo por ahí. Déjeles que me crean un intruso. Así se descubrirán mejor y cometerán más tonterías.

Walling estrechó su mano, diciendo:

—Gracias, Sol. Ahora, si necesita usted un ayudante valiente, aunque no posea iniciativas, disponga de Adams, el joven que le ha recibido. Es bravo como un toro, aunque no posea otros méritos.

—Gracias, usaré dé él cuando las circunstancias lo exijan. Hasta que nos veamos, Walling.

Sol abandonó las oficinas y requirió su caballo. Ya éste había sido despojado de su fúnebre carga y podía disponer de él con libertad.

Sol recorrió las posadas del pueblo hasta encontrar una de su agrado. Le gustaba, no porque fuese la mejor, sino porque el edificio daba a dos calles, y logró encontrar una habitación que disponía de ventana a la parte trasera.

Ya instalado, decidió dormir un rato. Estaba cansado de la jornada y necesitaba recuperar fuerzas.

Solamente cuando anocheció se encontró reconfortado, y tras lavarse y asearse, bajó al comedor, dio satisfacción a su estómago y se encontró en disposición de deambular un poco por el poblado.

Se disponía a salir cuando el posadero le llamó, diciendo:

—Esta carta que acaban de dejar para usted.

Sol, extrañado, la tomó y, rasgando el sobre, descubrió un trozo de papel que decía:

> «Si le interesa vivir, no se mezcle en asuntos que no le incumben. Deje la charca quieta, que los interesados resolverán el pleito.
>
> Henry Wallace.»

Sol se mostró sorprendido de aquel aviso firmado por el poderoso ranchero. Estampar su firma al pie de aquel escrito era tanto como declararse culpable de la muerte del ayudante del *sheriff* y de las lesiones de éste, y como Sol era de esos hombres a quienes agrada coger a los novillos por los cuernos, se volvió al posadero, preguntando:

—¿Dónde cae el rancho del señor Wallace?

Un vaquero que bebía ante el mostrador del bar le hizo señas y, acompañándole a la puerta, extendió el brazo, diciendo:

—Siga usted hacia el Norte, a milla y media encontrará una senda entre los pinos, suba por ella y al final, en la explanada, verá el rancho.

Sol montó en «Stard» y, a todo galope, se dirigió al lugar indicado. La noche estaba bastante clara y el camino no era confundible.

Había alcanzado la mitad de la senda cuando de detrás de los árboles surgieron dos individuos vistiendo el típico atuendo vaquero.

Portaban dos amenazadores rifles y se cruzaron delante del caballo.

—¡Alto!—gritó uno—. ¿Dónde camina?

—Deseo ver al señor Wallace.

—¿Quién diablos es usted?

—Eso es lo de menos. He recibido una carta suya y vengo personalmente a darle la contestación.

Sol hablaba desde lo alto del caballo con las manos apoyadas en las pistoleras, y los dos vaqueros, que seguían sus movimientos, se miraron indecisos.

—¿Qué hacemos, Jasper? —preguntó uno—. El señor Wallace ha dado orden de no recibir a nadie.

—Sí, Claudio; pero si el señor dice que ha recibido una carta...

—Bien, le llevaremos al rancho; pero ya sabes las órdenes.

—Forastero, ¿quiere hacer el favor de apearse y llevar su caballo de la brida? Tenemos órdenes concretas y...

Sol sonrió, y apeándose, tomó a «Stard» de las bridas y echó a andar, acompañado de los dos peones.

Uno caminaba delante de él, silbando por lo bajo una canción, mientras el otro había tomado el rifle por el cañón y lo arrastraba por el suelo como si le molestase su peso.

Sol no sospechó que pudiese sucederle nada hasta verse frente al soberbio ranchero y siguió andando por la senda; pero, de súbito, el peón que caminaba tras él levantó velozmente el rifle empuñado por el cañón y dejó caer la culata forrada de hierro sobre la | cabeza de Sol.

Este sintió un dolor tremendo en ella y cuando trató de reaccionar y repeler la agresión era tarde. Él otro vaquero se había arrojado sobre él y le tenía colocada la punta de un cuchillo en la garganta.

De todas suertes, Sol no estaba en condiciones de sostener con ventaja una pelea contra dos enemigos enteros. El golpe le tenía medio atontado y sentía unas náuseas horribles, al tiempo que una laxitud que amenazaba con hacerle caer a tierra.

Algo intuitivo le llevó a extremar su malestar y, tras unos pasos vacilantes, se dejó caer a tierra al tiempo que los dos peones acudían en su auxilio.

Entre ambos le tomaron en sus brazos, y el llamado Claudio dijo:

—¡Buen golpe, Jasper! Creo que con otra caricia parecida saldrán a recibirle a las puertas de la Gloria con banda y música.

—Ya veremos cómo hace el viaje, Claudio. Ahora, llevémosle de aquí. Conviene que no se entere nadie de esto.

—Espera que le ate bien y le atravesaremos en su caballo. Será más cómodo el viaje.

Entre ambos le maniataron y le amordazaron, atravesándole sobre «Stard». Luego se pusieron a su lado y descargando un golpe sobre las ancas del caballo, le obligaron a caminar por delante de ellos.

Sol, que no había perdido el sentido por completo, reaccionó un poco debido a lo molesto de la postura, pero seguía sintiendo en la cabeza un dolor terrible y algo húmedo que le chorreaba por la frente.

Una voz a su espalda preguntó:

—¿Qué haremos con él?

—Darle un baño en la «charca milagrosa» con una buena piedra de veinte kilos atada al cuello. Es la mejor medicina para esta clase de golpes.

Ambos rieron siniestramente, y Sol, acuciado por el peligro, se sintió despabilar y más dueño de la situación.

Le habían tendido una sabia emboscada. Sabían que, dado su carácter, reaccionaría y se decidiría a acudir al rancho, y por ello Wallace se había jugado aquella carta difícil firmando la misiva.

Estaba seguro de que nadie más que él sabría que se había descubierto, pues una vez que le hubiesen eliminado, nadie podría adivinar que la celada partía del famoso ranchero.

Sol se sentía furioso por la estupidez cometida. Sus nervios, implacables, le habían jugado algunas pasadas peligrosas, pero aquélla era la más trágica y más estúpida que había sufrido.

Mientras el caballo caminaba por una senda transversal, entre desniveles y arbustos, ascendiendo seguramente al pantanoso terreno donde estaba enclavada la charca, su cerebro empezó a trabajar activamente, buscando una salida viable a aquella trampa innoble.

Aunque maniatado, no lo habían hecho al estilo clásico de ceñirle los brazos al cuerpo, sino que le habían atado los pies y las manos para mejor atravesarle en el caballo, y así con los brazos extendidos por un lado y los pies por otro, colgaba lo mismo que un pelele.

Sol dio gracias por la confianza tonta que los vaqueros habían prestado a su presencia. Era cierto que la ventaja era de ellos que caminaban libres y con armas en la mano, pero él no había perdido todos sus triunfos al hallarse montado sobre «Stard», uno de los caballos más veloces e inteligentes de todo el Oeste.

Girando la cabeza como mejor pudo echó un vistazo al paisaje. Necesitaba abarcar la topografía de éste, para poner en práctica el único plan viable de fuga, y no quería exponerse a recibir un tiro más que lo estrictamente necesario.

Estaban ascendiendo por una pendiente relativamente pronunciada. Cincuenta metros más arriba, la pendiente aparecía como si estuviese cortada, señal inequívoca de que allí debía descender o bifurcarse por algún otro lado y ningún terreno más ideal para intentar lo que se proponía.

Esperaría aun un poco a acortar la distancia, y cuando solamente se hallase a treinta metros de la cúspide intentaría un plan desesperado. Si le salía bien, el peligro se reduciría solamente a aquellos treinta metros de pendiente que para «Stard», fresco y embalado, no significaban más que algunos segundos de carrera, y entonces el triunfo estaría en sus manos.

Tensionó los brazos y con las puntas de los dedos se sujetó como pudo a los estribos para no salir despedido de la silla en la loca carrera que iba a obligar a su caballo a iniciar. Si se mantenía firme, no dudaba un momento del triunfo.

Midió justamente el terreno y volviendo la cabeza al caballo, gritó:

—¡Sus, «Stard»!... ¡A todo galope, querido!

Movió nerviosamente el estribo golpeándole con él en la barriga,

y el caballo, al oír la orden y sentir el roce, dio un arranque violento y como una centella se lanzó hacia la cima, animado por los gritos sordos que, a través de la mal colocada mordaza, Sol le iba dando.

El arranque del caballo pilló desprevenidos a los dos vaqueros, que acababan de sacar sus bolsas de tabaco para liar un cigarrillo, y cuando tras la sorpresa acertaron a arrojar las bolsas a tierra y requerir sus rifles colgados al hombro, ya «Stard», triunfalmente, había coronado la pendiente y se lanzaba cuesta abajo como una exhalación.

Dos disparos nada más silbaron siniestramente cerca de él; luego escuchó a sus espaldas las maldiciones y los gritos de impotencia de sus enemigos, y cuando éstos, tras una desesperada carrera lograron llegar a la cúspide de la senda y quisieron disparar de nuevo sobre el fugitivo, ya éste había sacado tal ventaja en la carrera que sus disparos resultaron ineficaces.

Como Sol había sospechado, el camino descendía ahora en forma violenta, iniciando curvas que le protegían aún más de una problemática persecución, y a pesar de su incómoda postura se iba haciendo cargo del terreno que recorría.

Este se deslizaba entre terraplenes y algunos vanos, y a la izquierda distinguía un terreno más alto y un vano que debía formar como una especie de embudo o anfiteatro, donde posiblemente se hallase encerrada la charca.

Pero ésta no le interesaba de momento. Su deseo era salir de nuevo al camino del poblado para alcanzar algún lugar donde despojarse de sus amarras, y ya libre sería el momento de estudiar el nuevo plan a seguir.

Una cosa le complacía en extremo. Saber; que Wallace se había descubierto al estimar que se podía deshacer de él tan sencillamente como lo había hecho del *sheriff* y de su ayudante, y se prometía darle una buena sorpresa cuando hiciese su aparición ante él.

Obligó a «Stard» a torcer su ruta colándose por uno de los claros de la senda, y aunque el camino era más áspero y molesto, pues se trataba de fisuras naturales en el terreno y no de caminos labrados, consiguió ir descendiendo hasta que por fin se encontró en el llano.

Su temor era que alguien con tiempo, sospechando su idea, se hubiese cuidado de salir con caballos al llano para cortarle el paso; pero con satisfacción observó que si alguien había pensado en ello no había tenido tiempo para llevarlo a la práctica, cosa que les acreditaba de demasiados lentos, pues, estando a la puerta del rancho como estaban, podían haber regresado en busca de caballos para intentarlo.

Ahora lo que le preocupaba era el lugar donde debía detenerse.

No quería regresar a la posada, pues, además de llamar la atención al verle llegar de aquella manera, se reirían de él, cosa que le exasperaba y solamente le quedaba una solución: dirigirse a las oficinas de Walling, donde pudieran ayudarle a librarse de aquel tormento. Con la voz guio a su fiel cabalgadura y por fin alcanzó el poblado, cruzándole por lugares sombríos hasta detenerse ante las oficinas.

—¡Llama, «Stard»!—ordenó al caballo—. Tú ya conoces el procedimiento.

El caballo se volvió de grupa, acercó sus cascos a la puerta y levantándolos, los dejó caer con fuerza sobre la madera, de forma que por poco la astilla.

Momentos después Adams surgía en el vano con el rifle amartillado, y al distinguir al caballo con el jinete atravesado en la silla, lanzó un rugido exclamando:

—¡Por los cuernos de una vaca! ¡También lo han asesinado!

Se acercó tembloroso al caballo para proceder a librarle de su carga, pero su sorpresa fue grande al observar que Sol se movía y le miraba con sus ojos grandes y expresivos. Le colocó en el suelo y se apresuró a cortar las ligaduras y a librarle de la mordaza, al tiempo que exclamaba angustiado:

—¿Qué fue eso, Sol? ¿Dónde le hirieron?

Sol se incorporó en el suelo, y luego rompiendo a reír estrepitosamente, pues, en medio de lo trágico del momento, le hacía gracia la situación, exclamó:

—No se asuste, Adams, que no me han tocado el pelo de la ropa. Ha sido un pequeño truco que he puesto en práctica para burlar a nuestros enemigos. Mi destino era morir en la charca milagrosa con una piedra de veinte kilos al cuello, pero... no han tenido fuerzas para levantarla y colgármela.

Se puso en pie, se dio unas cuantas fricciones en las piernas para restablecer mejor la circulación de la sangre y luego advirtió:

—Lleve mi caballo al corral. Necesito que no sepan que estoy aquí. Voy a charlar un rato con Walling.

Su ayudante, un poco amoscado por no poderse enterar de lo que había sucedido, tomó a «Stard» y lo condujo a la corraliza, mientras Sol penetraba decidido en la alcoba del *sheriff*.

Este, que se había alarmado por el estrépito producido por los cascos del caballo al golpear sobre la puerta, se incorporó inquieto, preguntando al ver entrar a su huésped:

—¿Qué fue eso, Sol? ¿Han disparado contra usted? Oí impactos en la puerta...

—No se alarme. Fueron los cascos de mi caballo llamando. Yo llegaba maniatado y no podía hacerlo. Ya me han jugado la primera

mala pasada; pero mucho me temo que a estas horas estén pesarosos de ello. Me han descubierto su juego y sospecho que esto se va a aclarar antes que ellos suponían.

CAPÍTULO IV

AUMENTA EL MISTERIO



OL dio cuenta detallada de su odisea al *sheriff* el cual, tras escucharle atentamente, exclamó:

—No me lo explico, Sol. Wallace es uno de los hombres más listos y cultos de la región y no me entra en la cabeza que haya cometido una estupidez como ésa denunciándose por medio de esa carta.

—Tendrá usted razón, pero así ha sido. Sus hombres estaban apostados en mitad de la senda para cortarme el paso y, o me ha dado muy poca importancia, o ha confiado demasiado en ese par de párvulos que tiene a sus órdenes.

—Es cierto, y ahora no sé cómo va a poder justificarse.

—Eso me pregunto yo. Mañana le veré y...

—¿Va usted a cometer la estupidez de volver al rancho?

—Claro que lo haré, pero que no confíen en repetir el truco, porque les saldrá mal. Ahora estoy bien avisado.

—De todas formas, no vaya solo. Llévese a Adams.

—Le llevaré. Estoy decidido a usar de todas las ventajas posibles.

El *sheriff*, después de un momento de duda, advirtió:

—No confíe mucho en verle. Si se ha dado cuenta de su situación, se habrá largado para justificar su ausencia y negar los hechos.

—Ya volverá. No creo que pretenda llevarse el rancho con él.

Sol decidió aceptar por aquella noche la hospitalidad del *sheriff*. Podían ir a sorprenderle a la posada y quería evitarse el mayor número de complicaciones.

A la mañana siguiente, después de almorzar opíparamente, repasó sus armas y llamando a Adams le dijo:

—Prepárese, que me va a acompañar.

—¿Dónde vamos?

—Al rancho del señor Wallace; pero atienda bien: no suelte el rifle de la mano, y al menor movimiento sospechoso, dispare.

Anoche me jugaron una mala pasada y podrían intentar alguna otra.

—Descuide, Sol—afirmó el muchacho—, que tendré los ojos bien abiertos.

Serían las diez cuando emprendieron la marcha. Un sol tibio, que agradaba más que molestar, teñía de amarillo el valle, y de la sierra lejana llegaban ráfagas de aire frío y cortante.

Cuando alcanzaron la senda que ascendía hasta la posesión no observaron nada anómalo en ella. Nadie les salió al paso y así alcanzaron la explanada y poco después la cerca.

Sol se adelantó y, sin apearse del caballo, aporreó la recia puerta.

Un peón, que rengueaba de la pierna derecha, salió a recibirles.

—¿Qué desean?—preguntó.

—Ver al señor Wallace.

—No sé si podrá recibirles. Es la hora que dedica al repaso de sus asuntos.

—Dígale que está aquí Sol King, *sheriff* en funciones por enfermedad del titular, y su ayudante Adams. Tengo necesidad absoluta de verle con motivo de una carta que anoche me envió a la posada. Hágaselo saber así.

El peón cruzó el patio y se introdujo por el porche, desapareciendo en el vano. Cinco minutos más tarde regresaba diciendo:

—El señor Wallace le espera en su despacho.

Sol tuvo un momento de duda, pero haciendo una expresiva seña a Adams, dijo:

—Espérese aquí, y si oye alguna llamada ruidosa, acuda inmediatamente.

El joven comprendió, y el peón miró a Sol como dudando de que se encontrase en su sano juicio.

Sol cruzó el porche siempre detrás del peón, con los ojos muy abiertos por temor a una sorpresa y así ascendieron por una pina escalera hasta alcanzar el piso superior, donde a la derecha, en el pasillo, se hallaba el despacho del ranchero.

—Pase usted—dijo el peón, y se retiró discretamente.

Sol le siguió con la mirada hasta verle desaparecer por la escalera y cuando estimó que no podía atacarle por la espalda, llamó a la puerta.

—¡Adelante!—ordenó una voz ruda.

«El Vengador» empujó la hoja con la mano derecha apoyada en el revólver, y se encontró en un despacho alegre y soleado, bastante bien compuesto. Detrás de una mesa, al fondo, puesto en pie, se encontraba Wallace, un tipo alto, recio, de pelo algo canoso y lacio bigote, que casi cubría sus dos labios. Tenía unos ojos grandes,

profundos y expresivos, y vestía con elegancia campesina, luciendo a la cintura un magnífico *colt*.

Se quedó contemplando a Sol y luego dijo:

—Adelante, señor, puede sentarse, si así lo cree conveniente.

Sol aceptó la invitación, sentándose de forma que abarcara todos los movimientos del ranchero y en caso de peligro poder cubrirle con su revólver.

Wallace, tras contemplarle un momento, dijo:

—Bien, señor. Usted dirá qué desea de mí. El peón ha debido interpretar mal su recado, pues me ha hablado de una carta que yo le he dirigido, y francamente, hasta este momento ignoraba quién era usted y que se encontrase en Lund oficiando de *sheriff*.

Sol le miraba fijamente, estudiando sus movimientos y admirándose del dominio y sangre fría del ranchero. Este aceptaba la batalla sin ceder un paso de terreno, pero trataba de anular sus malas jugadas.

Sonriendo irónicamente, advirtió:

—Quiero creer que los múltiples negocios que maneja le hacen olvidar pequeños detalles. Usted me escribió anoche una carta a la «Posada del Escudo» y…

—Perdone—atajó enérgico el ranchero—. Yo no olvido nada de lo que hago y repito que está usted en un error.

Sol, tras dudar un momento, pues se exponía a perder una prueba sólida en contra del ranchero, extrajo la misiva del bolsillo y colocándola sobre la mesa, dijo:

—Bien; véala usted por sus propios ojos.

Wallace, muy intrigado, echó un vistazo al papel y, al leer el contenido, palideció. Luego, irguiéndose con energía, medio gritó:

—Señor King: ¿Usted me cree con tan escasa mentalidad que sea capaz de escribir una carta así, echándome sobre los ojos más tierra que poseen mis pastos? Esa carta no la he escrito yo.

—¿Cómo me lo demostraría?

—Dándole a examinar tantas pruebas de mi clase de escritura como quiera comprobar.

Como demostración tomó una pluma y se dispuso a escribir, pero Sol, con relativo asombro, le detuvo diciendo:

—Prefiero ver algo ya escrito anteriormente.

—Bien. Aquí tiene mis libros. Llevo personalmente mis apuntes.

Wallace acercó un pesado libro que Sol examinó por encima. A primera vista, pudo comprobar, sin ningún género de duda, que el carácter de dicha escritura no se parecía al de la misiva ni a muchas millas de distancia.

Dando vueltas a su cabeza al suceso y un tanto desconcertado por lo que estaba viendo, no se dejó vencer tan fácilmente, y con

rudeza, replicó:

—Bien, éste es un tanto a su favor, pero nada dice en este peligroso juego. Esa carta ha podido escribirla otra persona.

—Eso no tiene duda alguna.

—Quiero decir, alguna otra persona a su servicio.

Wallace sonrió irónicamente, exclamando:

—Mire, señor King; yo podré no ser un Séneca, pero no soy tonto. Si yo hubiese cometido esa estupidez, ahora estaría en las manos de un enemigo despiadado que usaría de esta prueba para sacarme hasta la piel a cambio de su silencio. No; yo ni he escrito esa carta, ni soy tan burro que la hiciera escribir a nadie. Este asunto de la charca es más profundo que usted se imagina y aquí juegan intereses y pasiones muy complicadas. Yo habré podido presentar noblemente batalla a mis vecinos, porque defendía un derecho que consideraba mío, pero alguien está jugando con trampa para eliminarme y eso sí que no lo voy a consentir.

Sol, sin darse por convencido, arguyó:

—Para convencerme, necesito pruebas. Haga el favor de hacer venir a sus dos peones que anoche estaban de vigilancia en la senda.

—¿Qué peones?

—A dos que se llaman Jaspe y Claudio.

Wallace le miró con asombro y luego rompió a reír:

—No sé quién habrá podido dar a usted informes tan contrarios como los que posee, pero ha de saber que ninguno de mis peones se llama así.

—¿Va usted a negar también, que tiene dos peones, que anoche me esperaban en la senda y cuyos nombres son los que cito?

—Claro que no lo admito. Puede preguntar a cualquiera de mis peones a ver si conocen a algún compañero suyo que se llame así.

—Quizá digan que no, sobre todo si están aleccionados...

—Y sin estar. Escuche. Hay cosas que no se pueden falsear en minutos ni en días y son los libros de contabilidad. Vea los míos, aquí están las nóminas seguidas de varios años. Repase a ver si encuentra esos nombres en ellas.

Sol, cada vez más aturdido, tomó un gran libro y lo repasó con atención. En él figuraba la nómina mensual de los empleados del rancho y, en efecto, no encontraba antecedentes de nadie así llamado.

Su composición de lugar se iba desmoronando y una nueva luz parecía encender en su cerebro la mecha de un misterio que, en lugar de aclararse, se iba embrollando. Le iba pareciendo que el ranchero tenía razón y que alguien estaba tratando de envolverle en una red tupida que le eliminase de aquella lucha sorda y enconada.

Miró intensamente a los ojos al ranchero pareciéndole que en ellos brillaba una luz de franqueza que desvanecía sus suspicacias y, tomando una resolución, dijo:

—Escuche, señor Wallace, no soy hombre que no admita posibilidades absurdas o que al menos lo parezcan. Voy a concederle un margen de confianza hasta que aclare la verdad, y si me fallara, le juro que mi venganza sería terrible.

—Bien, admito la amenaza. Dígame.

Sol le contó todo lo que le había sucedido desde que saliera con la carta de la posada, y el ranchero, cuando quedó impuesto, dijo:

—Es un poco novelesco, pero sepa que mis hombres no salen del rancho para vigilar. Alguien sospechaba que usted acudiría a la cita y le salió al camino para evitar que pudiese entrevistarse conmigo y quedara descubierta la superchería.

—Dígame si sabe a qué equipo pertenecen esos peones.

—Lo ignoro. ¿Quién es capaz de conocer a todos y saber sus nombres?

—Otra cosa. ¿Qué puede decirme usted para orientarme?

—Eso es más delicado. Para mí, tendré ciertas sospechas; pero, para acusar, no sirven. Yo poseo bastantes enemigos en el valle, en particular por culpa de esa maldita charca, y entre todos, puedo destacar a Kerby Taylor y a Bob Pierce. Son mis dos vecinos más inmediatos y los que se considerarían más perjudicados si la charca pasase a mis manos o lograse desviar el agua al interior de los pastos. Con Taylor, he tenido altercados ajenos al agua, y no nos hablamos hace mucho tiempo.

—¿Quién vigila la charca?

—Peones de los ranchos de los dos citados y de otros dos, cuyas reses también beben en ella. Yo no me he molestado en enviar gente porque no me interesa.

—¿De quién tiene usted sospechas?

—De nadie. Sólo sé que yo no he cometido semejante vileza.

—¿Puedo hacer una visita a la charca?

—¿Cómo no? Su autoridad le permite visitar cuanto guste.

—¿Y al manantial que la surte?

—Cuando usted lo desee. Ese, aunque de mi propiedad particular, está a su disposición.

—Bien. En momento oportuno realizaré las visitas que estime conveniente. Ahora, dígame los nombres de los otros rancheros interesados en el agua de la charca.

—Millard Polk y Jorge Clay.

—Gracias. De momento es cuanto deseo saber.

Se levantó para despedirse. Wallace le imitó y acompañándole hasta la puerta, añadió:

—Y créame, sinceramente, que le desearé un buen éxito en sus gestiones. Soy el más interesado en aclarar este asunto, y si no se aclarase le juro que me gastaré toda mi fortuna y embalsaré el agua en mis pastos, aunque tenga que poner cañones en la empalizada para defenderla.

Sol se retiró bastante confuso. La cosa no la veía tan clara como había supuesto y estaba considerando a Wallace como una víctima más de aquella tenebrosa maquinación.

Después de comer decidió hacer una visita a la charca. Esta se hallaba enclavada en aquel vano que había descubierto entre las limitaciones de las propiedades de los cinco rancheros y se llegaba a ella por una senda que partía del valle y ascendía hasta el embalse.

Cuando alcanzó lo alto de la senda, un vaquero, armado de rifle, salió a recibirle cortándole el paso, pero al descubrir su estrella de *sheriff* depuso su actitud.

Sol, sin dar explicaciones, advirtió que iba a visitar el embalse y a darse cuenta de su situación y estudiar la forma en que podía procederse a envenenar el líquido.

Muchísimas reses hocicaban en el agua. La charca era un enorme espacio de agua casi estancada, sin una gran profundidad, pero de regular extensión.

Sol recorrió el encajonamiento y, por fin, se detuvo en el lugar por donde emergía el pequeño caudal.

Este se filtraba por una estrecha fisura en el farallón que cerraba los pastos de Wallace y después de serpentear por entre unos bruscos cauces, iba a caer en la laguna natural, donde vertía.

El torrente no era muy grande, pero su persistencia en la caída permitía sostener el nivel del agua.

Luego interrogó a los vaqueros. En aquella ocasión los había de dos ranchos, pero se relevaban cada doce horas para evitar que nadie se acercase al embalse.

Después de esta visita decidió entrevistarse con los cuatro rancheros afectados por el agua, y su entrevista breve no fue muy satisfactoria.

Todos se disculparon, todos echaron la culpa a Wallace, acusándole de ser el causante del emponzoñamiento del agua, y aunque algunos recargaron más la acusación que otros, se notaba que existía unanimidad de parecer entre ellos.

Sol hizo discretas preguntas para averiguar quiénes eran aquellos dos vaqueros misteriosos llamados Jasper y Claudio; pero todos afectaron no conocerles, y Sol salió de los ranchos con la impresión de que se trataba de desorientarle.

Su despedida fue muy fría; al advertir, a los rancheros que recogiesen a sus peones aquella noche y los encerrasen en sus

pastos, pues estaba decidido a poner la charca bajo su única custodia y ser él quien vigilase el agua, uno de los rancheros—Kerby Taylor—muy enojado, repuso:

—¿Qué pretende usted, que mañana o pasado cuando eche mis reses a la charca, me exponga a perderlas todas y me arruine? No; de ninguna manera. Yo enviaré mis hombres a custodiar, pues, aunque me salga caro, no me sale tanto como perder mi ganado.

Sol, molesto, afirmó:

—Le he dado a usted una orden y la cumplirá. Yo soy aquí quien tiene autoridad y la ejerceré.

—Pero el que tiene ganado que perder soy yo. Enviaré mis hombres, le parezca o no le parezca bien.

—Bueno, haga lo que quiera, pero le advierto que al primero que cruce la senda después de anochecer le recibiré a tiros, y da la casualidad que soy uno de los mejores tiradores del Oeste.

Taylor se enfureció y quiso amenazar; pero Sol, sin escucharle, abandonó el rancho, y recogiendo a Adams, que le esperaba a la puerta, dijo:

—Vamos, Adams; tenemos que aprovisionarnos. Esta noche vamos a vigilar la charca usted y yo.

—¡Magnífico! Espero que así no suceda nada.

—Yo espero todo lo contrario. Si hay alguien interesado en ese juego trágico no se mostrará conforme en que le estropeemos el juego. Posiblemente tratarán de atacarnos y luego arreglar las cosas para cargar las culpas sobre alguien determinado. Tenemos dos horas y hemos de aprovecharlas.

Ambos regresaron a casa del *sheriff,* al que Sol dio cuenta de todo lo sucedido. Walling se mostró muy intrigado por todo y estuvo de acuerdo con Sol en no cargar a la ligera las culpas a Wallace y hacer investigaciones profundas hasta llegar al fondo del asunto.

—¿Cree usted de verdad que le atacarán esta noche?

—Estoy convencido de ello. Si alejo a los interesados y las aguas no se emponzoñan es una prueba de que alguno de los cinco tiene que ser el autor. Por ello, si en realidad el envenenador pertenece al grupo, tiene que intentar algo para ponerse a cubierto y eliminar las sospechas sobre ellos. El dilema es ése.

—Quizá tenga usted razón.

—Como que no desespero de saber esta noche quiénes son ese par de valientes que se llaman Jasper y Claudio. Sospecho que me los envíen con órdenes terminantes de actuar con más eficacia que anoche.

—¿No serán ustedes dos pocos para tal vigilancia?

—Espero que no. Cierto que la charca es grande y que no es la

senda su única entrada. Me he dado cuenta esta tarde, sin aparentarlo, para no levantar sospechas y espero que no sea por la senda sino por otro lado por donde hagan su aparición. Por eso quiero estar solo con Adams, para montar mis baterías a gusto y sin testigos sospechosos.

—Pues que tengan ustedes buena suerte es lo que deseo.

—Gracias. Intentaremos que así suceda.

Bien pertrechados de comida y municiones. Sol y Adams se dirigieron a la charca antes de que anocheciese. Preveían resistencia y querían eliminarla antes de que las sombras invadiesen el valle.

CAPÍTULO V

EL JINETE FANTASMA LLEGA A TIEMPO


UANDO Sol trasmontó la senda y se aproximó a la charca, un vaquero, perteneciente al equipo de Taylor, se adelantó muy decidido, advirtiendo:

—Oiga, Sol, no me gusta armar camorra, pero tampoco la rehuyó. Yo sirvo al señor Taylor, y cuando éste me da una orden la cumplo. Me ha mandado no moverme de aquí y vigilar la charca y no hay *sheriff* en el mundo que me obligue a no cumplir la orden.

Sol echó un vistazo en derredor. Cinco vaqueros armados de rifle seguían con interés la discusión. Parecía como si hubiesen delegado en su compañero y de lo que éste decidiese dependiera su actitud futura.

Sol se acercó a su interlocutor, que tenía apoyada la mano en el cinto, y preguntó escuetamente:

—¿Ni aunque se lo ordene yo?

—Ni, aunque me lo ordene usted.

El *cowboy* no supo nunca cómo un puño pudo volar tan veloz hacia su barbilla para lanzarle como un guiñapo a cuatro metros de distancia. El hecho fue, que, cuando quiso darse cuenta, yacía en tierra viendo girar en torno a sus ojos miríadas de estrellas y sintiendo en su cabeza el ruido de todas las cataratas de América.

Sol, apenas lanzó a su contrario de espaldas por la fuerza del impacto, se revolvió como una centella con dos revólveres amartillados y metiendo en su campo de tiro al resto de los vaqueros preguntó incisivo:

—¿Necesito ordenaros también a vosotros lo mismo, pero de una manera más peligrosa?

Uno de ellos, que había cometido la imprudencia de intentar levantar el rifle, lo dejó caer farfullando:

—Bien se vale usted del poder de esa estrella para...

Sol, de un brusco ademán, se arrancó la estrella, que arrojó a Adams, el cual la recogió en el aire, y acercándose al que así hablaba, le dijo:

—¡Suelta ese rifle!

El vaquero, sugestionado, lo dejó caer a tierra. Entonces Sol le señaló con el dedo diciendo:

—Ahora cuando quieras, saca el revólver. Te dejo la iniciativa de desenfundar el primero.

Quedó con los brazos rígidos y los ojos clavados en su antagonista; mientras, Adams, con el rifle en alto, vigilaba al resto de los guardianes, pero el vaquero, pálido como el papel, masculló:

—No quiero darle ese gusto. Usa usted de sus artes de pistolero para...

No acabó la frase. De nuevo el puño de Sol buscó lugar donde martillar, y el imprudente, lanzando un ¡ah! doloroso, cayó a tierra como herido por un rayo.

Sol, sin inquietud alguna, miró a los tres restantes que se mordían los labios con ira y preguntó:

—¿Hay alguno más que quiera pelear? Que lo diga pronto, porque tengo mucho que hacer y no puedo perder tiempo. Uno de los tres se adelantó, diciendo:

—No. ¡Maldita sea su figura!, pero, delante de testigos le advierto, que toda responsabilidad de lo que pueda suceder en la charca corre de usted. Si mañana las aguas aparecen contaminadas, cosa que no ha ocurrido desde que nosotros vigilamos, usted correrá con el riesgo. Por mi parte, no seré yo quien aconseje a mi patrón que traiga mañana sus reses a beber.

—¡Ya!... ¿Quién es tu patrón?

—El señor Taylor.

—¿También tú perteneces al equipo de Taylor? ¿Es que aquí sólo él tiene intereses en la charca?

—No, pero tiene más ganado que nadie y como tiene más que perder...

Sol iba a decir algo, pero acometido súbitamente de una idea, exclamó:

—¡Un momento!... ¡Adams!... ¿Quiere usted ir en busca de algún ternero?

—¿Para qué?—preguntó extrañado el ayudante.

—Porque soy hombre que no se fía ni de su sombra. Se me ha amenazado tanto con mi responsabilidad sobre lo que «pueda suceder» esta noche en la charca que me escamo. Quiero convencerme antes de que se marchen estos buenos mozos de que el agua está en perfecto estado de potabilidad.

El vaquero que había hablado anteriormente se apresuró a advertir:

—Por mí, haga las pruebas que quiera; pero como no soy su criado no tengo por qué estar aquí esperando, a ver si el agua le

corta la digestión al ternero.

—¿Que no?—afirmó Sol con voz metálica—. ¿No teníais antes tanto interés en quedaros aquí y no permitirme ser quien vigile la charca? Adams: haga el favor de ir por el ternero a los pastos del señor Wallace. Pídaselo de mi parte.

Una viva inquietud se apoderó de los tres vaqueros, los cuales, aunque aparentaron indiferencia, se movieron de forma sospechosa, tratando de acercarse a la senda, quizá con ánimo de abandonar la charca con permiso o sin permiso de Sol.

Pero éste, que ardía en sospechas que estaba deseando comprobar, se puso en guardia y colocándose en lugar estratégico para cortarles la salida, esperó a que Adams, dando la vuelta a los terraplenes, llegase al rancho de Wallace y obtuviese el ternero solicitado.

Media hora más tarde, volvía a caballo arrastrando al pobre animal, que se resistía a seguirle. Por fin, le obligó a atravesar la senda y lo soltó dentro del recinto de la charca.

—¡Maldito cornudo!—se lamentó Adams—. Me ha dado más quehacer que una pelea con tres forajidos.

Sol, ordenó:

—Empújele al agua. Necesito que beba.

El ternero no precisó de estímulos. El espejo del agua le atrajo, y sediento, sin duda, por la pelea que había sostenido durante su viaje desde los pastos a la charca, se inclinó en ésta y bebió con avidez.

Luego, se tumbó sobre la húmeda orilla y pareció que nada anormal le sucedía.

Los vaqueros, que habían seguido con expectación todo el proceso de la llegada del ternero, se dirigieron a Sol, preguntando con ironía:

—¿Quiere usted que nos quedemos aquí hasta que le crezca la cornamenta? Me parece que es usted demasiado extravagante para hacerse viejo como el *sheriff*.

—Es fácil, pero ustedes, son más extravagantes para continuar mucho tiempo de vaqueros. Esperen un poco, que aún no ha tenido tiempo de hacer la digestión.

Impacientes, se agruparon mirándose con fijeza. Se les observaba cada vez más nerviosos y parecía como si sus nervios no pudieren resistir mucho tiempo más aquella situación exótica.

Sol, con una paciencia rayana en el estoicismo, seguía de guardia en la senda, dispuesto a no dejarles marchar, pero pasado ese tiempo y como el ternero parecía inclinado a dormirse, enfundó los revólveres, diciendo:

—Está bien. Creo que van a tener ustedes que marcharse. Los niños suelen tener miedo a las sombras de la noche.

Se tragaron el insulto y a toda prisa se dirigieron a la senda; pero Sol, cortándoles el paso, indicó:

—Un momento. Hagan el favor de llevarse también a ese par de fantasmas.

Y señalaba a los dos vaqueros caídos.

Uno de ellos, hizo un gesto desabrido, afirmando:

—¡Al diablo con ellos! Yo no soy mozo de carga. Cuando se les pase los efectos, que se vayan por su propio pie. ¡Andando, muchachos!

Pero en aquel momento, el ternero se incorporó como si le hubiesen espantado a tiros y lanzó un berrido doloroso, al tiempo que se retorcía y se restregaba contra la tierra como si buscase en ella consuelo a un dolor oculto.

Sol lanzó un grito extraño y corrió para acercarse al ternero, en el momento que dos de los vaqueros se le interponían, y uno, estirando un pie, cortaba su carrera haciéndole caer al suelo, mientras el tercero se volvía con el revólver empuñado apuntando a Adams, el cual, distraído con la actitud del pobre animal, había descuidado vigilar a los tres *cowboys*.

Sol, lanzó una maldición y trató de volverse para sacar el revólver, al tiempo que sus dos enemigos se arrojaban sobre él aprisionándole con sus pesados cuerpos e imposibilitándole todo movimiento.

Mientras Sol trataba inútilmente deshacerse de aquellos dos peligrosos rivales, el otro vaquero, acercándose a Adams que permanecía con los brazos en alto, le arrancó el rifle y el revólver, y ordenó:

—¡Apéate, pronto!

El muchacho obedeció. Estaba furioso contra él mismo por su descuido y aquella furia anulaba aún más sus facultades de defensa.

Apeado del caballo, su enemigo ordenó:

—Vuélvete de espaldas, y si haces el más ligero movimiento, ¡te abraso a tiros!

Adams quedó inmóvil, y el vaquero, arrancando el lazo de la silla del caballo, le maniató rápidamente. Luego le ató su propio pañuelo a la boca y le dejó abandonado para acudir en socorro de sus compañeros.

Su intervención decidió la lucha. Sol había conseguido partir la boca a uno de ellos de una enorme patada y se debatía entre las garras del otro que le aferraba el cuello con las manos, que eran dos tenazas; más la ayuda del tercero acabó de inmovilizarle.

Un golpe en la cabeza con la culata de un revólver, decidió a Sol a no resistir más. Era inútil su esfuerzo con tres enemigos que gozaban de todas las ventajas.

Ya inmovilizado, procedieron contra él como lo habían hecho contra Adams y pronto quedó en tierra reciamente maniatado.

Cuando quedaron como dos fardos, uno de los vaqueros, que jadeaba como un novillo acosado, exclamó:

—Bien, asunto liquidado. Creo que convenía avisar a Jasper.

—¿Para qué?—preguntó uno—. Yo creo que con atarles una buena piedra al cuello y arrojarles al fondo de la charca...

—No opines—advirtió otro—. Este asunto no es personal nuestro: Que sean ellos los que decidan.

Entonces, el qué había reducido a la impotencia a Adams, que era el menos fatigado, dijo:

—Bien, yo iré a buscarlos. Tener cuidado a ver si os juegan una mala pasada.

—No sé cómo. Como no se desaten por arte de magia...

El vaquero montó a caballo y partió veloz senda abajo, mientras sus dos compañeros, jadeantes, se sentaron en tierra sacando sus pipas y encendiéndolas.

Sol, entretanto, tumbado cara al cielo, les contemplaba de reojo. Le dolía horriblemente la cabeza, pero comprendía que tenía que realizar el máximo esfuerzo y buscar una solución si quería evadirse de una muerte inmediata.

Se había confiado demasiado y ahora, pagaba las consecuencias, pues nunca creyó que ni Taylor ni sus compañeros de pastos pudiesen ser tan imprudentes o verse tan acosados para descubrir su juego de aquella manera y poner todo a una carta tan peligrosa.

No habían transcurrido tres minutos desde que el otro vaquero se ausentara, cuando en la soledad de la noche vibró un disparo seguido de otro, e inmediatamente algunos más, indicando que se había entablado una lucha a tiros no lejos de la charca.

Los dos peones, nerviosos, temiendo que alguien acudiese en auxilio de sus prisioneros y que hubiesen atacado a su compañero a la salida de la charca, emprendieron veloz carrera senda abajo, buscando el llano.

Sol aguzó el oído asombrado. No contaba con nadie que pudiese prestarle ayuda y no se explicaba aquel tiroteo extemporáneo.

De súbito, el ladrar de los revólveres aumentó. Hasta la charca llegaron gritos y maldiciones, un alarido de dolor y fuerte batir de cascos de caballos sobre la endurecida tierra, al tiempo que el tiroteo casi cesaba.

Repentinamente, bajo el suave beso de la luna, apareció en lo alto de la senda un caballo negro conduciendo a un jinete tan negro como él. A pesar de la claridad de la luna, era imposible distinguir sus facciones, ocultas por las anchas y caídas alas del sombrero.

El jinete frenó con ímpetu su caballo, el cual quedó como

clavado en tierra y de un limpio salto se apeó junto a Adams.

Con un agudo cuchillo que llevaba en la mano, cortó las ligaduras del joven y arrojó el cuchillo a su lado. Luego, raudo como una centella, montó de nuevo y lanzó el caballo senda abajo, desapareciendo como absorbido por la tierra.

Poco después, vibraron dos o tres detonaciones y luego se hizo un silencio absoluto.

Sol, dominado por una intensa emoción, casi se había desmayado al reconocer en su salvador al Jinete fantasma.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Otra vez él!... ¿Hasta cuándo?

Adams, tan asombrado o más que Sol, friccionó sus muñecas agarrotadas por las cuerdas y todo lo rápido que le fue posible se apresuró a cortar las ligaduras de Sol. Este, levantándose como impulsado por un resorte, gritó:

—¡No se mueva! Vigile a ese par de pájaros... ¡Voy a ver si logro descubrir quién es ese maldito jinete que va a volverme loco para toda mi vida!

Montó de un salto en «Stard» y lo lanzó pendiente abajo como si se hubiese tratado de un huracán. Nunca como aquella noche había sentido el ansia de desenmascarar a su oportuno y misterioso auxiliar y aclarar aquel enigma que estaba acabando con sus nervios.

Al cruzar por el final de la senda descubrió un bulto atravesado en ella. «Stard» tuvo que saltar sobre él para no aplastarle con los cascos y Sol comprendió que se trataba de uno de los vaqueros alcanzados en la lucha con el aparecido, pero cuando por fin llegó al llano y buscó al jinete fantasma éste había desaparecido como tragado por la tierra.

Sol se quedó dudando. De buena gana hubiese emprendido su búsqueda a través de unas huellas que debía localizar, pero comprendiendo que era más urgente dedicar su atención a la charca y temiendo que en su ausencia pudiesen volver los fugitivos y poner en peligro a Adams, desistió de la persecución y haciendo que «Stard» volviese grupas, alcanzó de nuevo la senda.

Al llegar junto al caído se detuvo y apeándose se acercó a él para examinarle. Se trataba del peón que le había echado la zancadilla tirándole al suelo y observó que tenía atravesada la cabeza por un certero disparo.

Sol comprendió que el jinete no sólo era un ser veloz y valiente, sino un tirador sin nervios y su admiración hacia él subió de punto.

Por un momento, su firme creencia de que se trataba de una mujer, vaciló. No consideraba a ninguna capaz de reunir tantas cualidades masculinas y se dijo, que debía estar equivocado; pero al recordar el pañuelo de seda fino, delicado y diminuto que guardaba

en el pecho como una reliquia, sus dudas se borraron y de nuevo arraigó en él el convencimiento de que se trataba de una mujer y de una mujer como no había conocido otra igual en todo el Oeste. Con gusto hubiese dado algunos años de su joven vida, por descubrir su incógnito y patentizarle su agradecimiento. No se explicaba por qué se había lanzado a aquella vida peligrosa de aventuras y por qué seguía sus huellas como una sombra, y solamente quiso explicárselo adjudicándole una misión vengadora como la suya.

Cuando alcanzó la charca, Adams preguntó nervioso:

—¿Quién diablos era ese jinete que nos ha salvado de manera tan providencial? ¡Jamás lo hubiese sospechado!

—¡Oh, eso es un misterio! ¿Le vio usted el rostro?

—¿Cómo diablos se lo iba a ver si lo llevaba cubierto con un antifaz? Sólo sé que tenía unas manos blancas y suaves, como si se tratase de una mujer...

Sol no hizo comentario alguno. No era tema para discutir con cualquiera y no quería ahondar en él. Para ellos, hubiese resultado un poco denigrante saberse agradecidos a alguien que no fuese de su propio sexo.

Sol, bruscamente, ordenó:

—Ayúdeme a atravesar a este par de tipos en las sillas de nuestros caballos. Vamos a llevárnoslos a las oficinas de Walling para ponerles a buen recaudo. Espero que estos pájaros nos aclaren el asunto.

—¿Y vamos a dejar abandonada la charca?

—¿Qué importa ya, si el agua está en malas condiciones? Mañana prohibiremos que baje el ganado a beber; pero date prisa, no sea que regresen con refuerzos y nos pongan en un apuro. No creo que se resignen a un fracaso como éste.

Tomaron los cuerpos de los caídos y los atravesaron en sus caballos encaminándose senda abajo, pero al llegar junto al cuerpo del caído, Sol detuvo su montura.

—¿Qué diablos hacemos con esta carroña?—preguntó—. ¿No podemos llevarla también con nosotros?

Adams se apeó y, examinando al muerto, exclamó:

—¿A qué equipo pertenecería este coyote? Le he visto estos días haraganeando por el poblado; pero ignoraba que alguien le hubiese admitido a sus órdenes. No era vaquero, al menos de la región.

—Le tendría admitido a sueldo para este asunto. Volveremos por él y ya lo aclararemos.

Salieron al llano y cuando se dirigían hacia el poblado, un grupo compuesto por media docena de jinetes irrumpió en la pradera a todo galope.

Sol lanzó un grito:

—¡Cuidado!—advirtió—. Estos deben ser los que debían venir a resolver nuestra suerte. ¡Vamos por ellos!

A pesar de que la carga les restaba facultades, pues bacía más lenta la marcha de los caballos, se dividieron y cada uno, por un lado, se lanzaron al encuentro de los jinetes disparando sus rifles.

Una lluvia de balas contestó a su agresión y durante algunos minutos, se cruzaron intensos disparos sin consecuencias. Luego, los jinetes, a una voz, volvieron grupas y a una velocidad superior a la que podían desarrollar Sol y su ayudante, desaparecieron por un tupido bosque.

—Lo siento—dijo Sol—, pero no podíamos hacer más. De todas formas, ya aclararemos esto más adelante.

Y seguido del animoso Adams, se encaminó a las oficinas del *sheriff* penetrando en el poblado sin que nadie osase salirles a cortarles el paso.

CAPÍTULO VI

ENTRE EL PLOMO Y EL FUEGO



ESCARGARON sus fardos humanos y, mientras Adams se dedicaba a amarrarlos sólidamente para evitar su fuga, Sol pasó, a la estancia de Walling, que se había quedado medio dormido y que despertó al sentir la puerta.

Al descubrir a Sol a tales horas, preguntó intrigado:

–¿Qué diablos sucede, Sol? Va usted a terminar por hacer que en lugar de morir de las heridas muera del corazón.

—Perdone; pero necesito su ayuda, aparte de que es mi deber informarle de todo. Escuche.

Sol relató cuanto les había sucedido en la charca, y el *sheriff*, más intrigado por lo accesorio que por lo real, exclamó:

—¿Otra vez aquel famoso jinete fantasma? Pero Sol, ¿qué diablos sucede con ese ser fantasmagórico?

—No lo sé, Walling. No aumente mis confusiones y déjeme olvidarle o me volveré loco. Algún día dedicaré mis esfuerzos a desenmascararle. Ahora necesito dejar aclarado este maldito asunto de la charca.

—Bien, creo que esto va por buen camino. Si esos peones pertenecen a los equipos de Taylor y sus convecinos, no cabe duda de que están confabulados para perder a Wallace.

—Sí, pero... ¿qué objeto tenía entonces contaminar esta noche el agua de la charca, si mañana deben beber las reses de ellos de ese agua?

—¡Caramba, es cierto! No había caído en ello. A lo mejor, no iban a beber y sólo buscaban ponerle a usted en un aprieto por intervenir en el asunto.

—Es posible; pero no olvide usted que el ganado necesita beber. La sequía aun es enorme y no hay agua cerca para él. No me lo explico.

—Pero puede hacer que lo expliquen esos picaros. Cuando sepamos a qué equipo pertenecen...

—Hay alguien que al parecer no se sabe a quién servía. Me refiero al que mató el jinete misterioso. Su ayudante le ha visto holgazaneando por el pueblo, e ignora que estuviese afiliado a equipo alguno.

—Eso lo sabremos pronto. Alguien lo aclarará. Lo principal es hacer hablar a los que se ha traído usted aquí.

—Esperaremos que vuelvan en sí. No creo que tarden.

Su creencia pronto se vio ratificada. Momentos más tarde, Adams penetraba en la estancia para advertir, que uno de los peones había recobrado el conocimiento y el otro daba señales también de volver pronto a la vida.

—Tráete para acá a esos pajarracos—dijo Walling—; creo que me aliviará mucho oírles explicar su cuento.

Adams, hizo penetrar en la estancia al que ya estaba en situación de andar y al otro le arrastró por el pasillo hasta introducirle, dejándole tumbado con la espalda apoyada en la pared.

Sol miró intensamente al que tumbara de tan soberbio puñetazo cuando se negó a cumplir su orden y preguntó:

—¿Qué? ¿Estás ya en condiciones de obedecer un poco más y bravuconear un poco menos?

El peón miró a todas partes con recelo y asombro y, encarándose con Sol, gimió:

—Me ha destrozado usted la mandíbula, ¡maldita sea su estampa! Pero algún día tendré ocasión de desquitarme. Es la primera vez que un tipo como usted ha puesto fuera de combate a...

Súbitamente enmudeció. Iba a dar su nombre, pero algo le ató la lengua y le impidió seguir.

Sol, sonriendo, insinuó:

—Sigue, buen mozo; dime quién diablos eres, tú que te jactas de no haber sido tumbado en tierra nunca. No conozco a nadie que pueda blasonar de eso.

—Bueno, es igual. Se quedará usted con las ganas.

—Ya lo veremos. Y ahora dinos por las buenas qué clase de órdenes te había dado tu patrón, el señor Taylor.

—No tengo por qué discutir ese asunto con nadie. Me dieron esas órdenes y traté de cumplirlas. No sé más.

—¿Por qué teníais tanto interés en defender la charca cuando ya la habíais contaminado?

—¿Quién le ha contado ese cuento?—rugió el peón—. El agua estaba bien y debíamos velar porque continuase igual.

—Está bien; si te obstinas en negar, puedes hacerlo; pero ahora, atente a esto: serás encerrado por resistencia al *sheriff* y acusado de haber contaminado el agua. Después te las entenderás con el

Jurado.

—¡Eso no es cierto! Yo me negué a abandonar mi puesto nada más. Usted se adelantó y me pegó a traición. Algún día me lo recobraré.

Viendo que nada podían conseguir, se decidieron por interrogar al otro caído. Este se encerró en un mutismo absoluto, negándose a dar su nombre y a facilitar ningún detalle de nada.

Fue inútil cuanto Sol intentó para convencerle. Ni amenazas ni promesas consiguieron soltarle la lengua.

Sol no se explicaba aquel silencio. Adivinaba que no les interesaba dar sus nombres, quizá porque algún *sheriff* de la comarca estuviese interesado en echar una larga parrafada con ellos, pero no se explicaba por qué no se disculpaban cargando con la mayor parte de la culpa a la persona que les había contratado.

Aburrido de aquel hosco interrogatorio, Walling propuso:

—Creo que por esta noche será mejor dejarles bien amarrados para que mediten. Mañana se los llevará Adams a la cárcel, y si continúan negando, ya saldrá la verdad por otro sitio.

—Sí—dijo Sol—. Veremos mañana qué tiene que decirme el señor Taylor. Será muy interesante oírle.

Llamando a Adams, le dio orden de encerrarles en una estancia vacía, cuya puerta podía cerrarse con un sólido candado, y como ya era muy tarde, Sol decidió dormir un rato hasta la salida del sol. Luego, enviaría al joven ayudante a prevenir a los rancheros para que no llevasen el ganado a la charca y procedería a averiguar a qué equipo pertenecían tanto los detenidos como el muerto.

Respecto a éste, no quiso molestarse en ir en su busca aquella noche; no merecía la pena, y, por otra parte, podía servir de cebo para tenderles una emboscada entre las sombras.

Eran más de las dos cuando decidieron retirarse a descansar. Por aquella noche, tenían bastante con las emociones y el trabajo sufrido y Sol no andaba bien de la cabeza a consecuencia del culatazo que había recibido en ella. Aunque con trabajo, logró conciliar el sueño, y no pudo calcular el tiempo que llevaba entregado a él, cuando algo imprevisto le despertó, obligándole a incorporarse en el lecho.

Le había parecido oír entre sueños un relincho angustioso y un fuerte golpe como si aporreasen madera.

Escuchó con atención y sus ojos se dirigieron maquinalmente al pequeño vano de la ventana velado por una tosca cortina de lana roja. A pesar de lo tupido del lienzo y de que era noche cerrada, observó que el rojo de la cortina adquiría un matiz violento, como si algo extraño contribuyese a aumentar la viveza del tono sangriento de la tela.

De súbito, al tiempo que se daba una idea vaga de lo que aquello podía significar, captó de nuevo, y ahora sin alucinaciones, el relincho de «Stard», al tiempo que sus poderosos cascos golpeaban rudamente sobre la madera de la corraliza.

Se arrojó con violencia del lecho y corrió a la ventana arrancando la cortina. A través del vidrio cerrado, descubrió un rojizo resplandor que se elevaba por la pared, y como un loco, salió al pasillo, gritando:

—¡Adama!... ¡Adams!... ¡Fuego!...

El muchacho, que dormía rudamente en una estancia cercana, se despertó como si le hubiesen arrojado un cubo de agua helada y salió al pasillo con el revólver en la mano. Una tenue cortina de humo, que empezaba a adquirir densidad y fuerte olor a madera quemada, le advirtió de lo que sucedía.

—¡Gran Dios!—exclamó—. ¿Cómo pudo suceder? ¡Oh!... ¡El señor Walling!... ¡Va a achicharrarse vivo!

Corrió como una centella al cuarto del herido *sheriff*, el cual, amodorrado, no se había dado cuenta de nada, y el enfermo, al enterarse de lo que sucedía, exclamó:

—¡No pierdas los estribos, Adams! Eso es peor que el fuego. Tómame como puedas y llévame a la corraliza. Allí estaré más seguro hasta que se pueda saber el alcance del siniestro.

El muchacho, que era forzudo, tomó el colchón con el enfermo y por el pasillo lleno de humo, corrió a la corraliza donde ya se encontraba Sol desatando al caballo para ponerle, en libertad.

—¿Qué es esto, Sol?—preguntó el *sheriff*.

—¡El diablo que lo sepa!... Está ardiendo la casa.

—Abra la trampa de la cerca y no se preocupe de más en este lado. Hay tiempo aún si es algo serio. Convendría que viese si puede salvar mis papeles que están en la mesa del despacho.

Sol abrió la puerta de la corraliza, y «Stard», más tranquilo, se asomó a ella sin salir a la calleja. Esperaba a su amo y no quería alejarse sin él.

Pero Sol, cumpliendo el encargo de Walling, corrió por el pasillo, seguido de Adams, dirigiéndose al despacho cuando ya el humo casi les asfixiaba.

Cuando alcanzaron las oficinas, observaron cómo las llamas se filtraban por la ventana ascendiendo hasta el tejado. El fuego debía haber empezado por fuera y Sol adquirió la sospecha de que había sido provocado.

Tomando una resolución, llamó:

—¡Adams! Preocúpese de los papeles del despacho. Voy a ver si averiguo algo.

Corrió hacia la puerta y la abrió, retirándose raudamente, pues

sospechaba que, si también estaba ardiendo, las llamas, por la corriente de aire establecida, se filtrarían por el vano como una saeta.

Aquel acto de precaución le salvó, no precisamente porque el fuego pudiera envolverle, sino porque en el momento en que la hoja tiró hacia dentro, vibraron unas cuantas detonaciones y las balas chocaron con fuerza en la pared, clavándose en ella.

Sol lanzó una maldición, y luego sonrió enigmáticamente. Ya tenía la clave de todo y ahora podía tomar una determinación sin equivocarse.

Se retiró mientras las balas seguían silbando y, con un grito, atrajo la atención de Adams.

—Aquí están los papeles—elijo el joven.

—Bien, corre a la corraliza y déjalos allí. Regresa inmediatamente... ¡Vivo!

El muchacho cumplió la orden, y Sol, indicando la puerta, ordenó:

—Tiéndete en el suelo todo lo más cerca que puedas de la puerta y contesta al tiroteo, pero sin exponerte. No hay necesidad de ello, pues sólo es cuestión de unos minutos... Lo que yo tarde en coger el caballo y salir por la corraliza. Cuando me oigas gritar, abandona este puesto y sal por detrás doblando el edificio por el lado izquierdo. Vamos a cogerles entre dos fuegos.

Corrió a la corraliza y montó en «Stard». Walling, calmoso, preguntó:

—¿De qué se trata, Sol?

—Han prendido fuego a las oficinas y nos esperan a tiros. Voy a saludarles de la misma forma...

—Bien, pero el incendio...

—Espero que nos dé tiempo a ahuyentarlos. Cuestión de cinco minutos. Aquí puede usted resistirlo.

Salió de la corraliza a lomos de «Stard», que se mostraba nervioso por abandonar aquel lugar, y pegado a las fachadas, llegó a la esquina que daba a la pequeña plaza. Asomó fugazmente la cabeza para darse cuenta de la posición de sus enemigos, descubriendo a estos emboscados en las puertas fronterizas, disparando contra la puerta de las oficinas, desde las que Adams, cumpliendo el encargo, les contestaba virilmente.

El vivo resplandor del incendio que amenazaba con devorar el pequeño edificio, iluminaba siniestramente el cuadro, y Sol, antes de darse a ver, tuvo tiempo de elegir víctima.

Tomó como blanco a un bulto que se había adelantado, abandonando su refugio y disparó. El forajido lanzó un terrible grito de agonía y se dobló de bruces, al tiempo que Sol, valientemente,

abandonaba su escondite y hacía irrupción en la plaza gritando:

—¡Adelante, Adams, barramos a esta carroña!

Aquel gesto bravo y la llamada, produjo el pánico en las filas de los atacantes. Cuatro individuos surgieron de sus refugios corriendo a la calleja cercana seguidos de los disparos de Sol, y cuando éste quiso seguirlos, ya los cascos de los caballos, vibrando sonoramente, le anunciaron que habían iniciado la huida.

Así, cuando Adams surgió en la plaza, dispuesto a tomar parte en el combate, nada tuvo que hacer, cosa que desilusionó al muchacho, pues sentía ganas de pelea.

Sol le hizo retroceder, e indicando el edificio que ardía como una tea, ordenó:

—¡Pronto!... Hay que salvar a Walling y a los prisioneros.

El ruido de las detonaciones, los gritos lanzados y el resplandor del incendio habían provocado la zozobra en el poblado, y poco después varias docenas de hombres medio adormilados y a medio vestir surgieron en la plaza completamente alarmados.

Sol, enérgico, dio orden de contribuir a sofocar el incendio, y pronto un pozo que había en el centro de la plaza hizo chirriar la enmohecida polea y docenas de baldes de agua empezaron a caer sobre la fachada en llamas.

Dando orden a un par de voluntarios auxiliares para que recogiesen el cadáver del caído y lo trasladasen a un rincón, corrió al interior del edificio. Walling ya había sido sacado fuera y trasladado a una casa inmediata, y con ayuda de algunos vecinos se extrajo a los presos, que se hallaban medio asfixiados a causa del humo.

La gente trataba de inquirir las causas del siniestro y cuando por palabras sueltas de Adams, que se hallaba muy excitado, supieron parte de los motivos, se mostraron indignadísimos y trataron de linchar a los detenidos; pero Sol intervino enérgicamente, haciéndoles desistir de su actitud.

Entre varios, y conducidos por Adams, trasladaron a los prisioneros a la pequeña cárcel, donde fue montada una guardia de voluntarios para evitar que intentasen un nuevo golpe de rescate, y Sol, más tranquilo, regresó a la plaza para hacerse cargo del muerto.

Pronto le reconoció. Era uno de los dos peones que trataron de apresarle en la senda del rancho de Wallace. Era el llamado Jasper y había recibido un tiro en el cuello que le privó de la vida rápidamente.

El cadáver fue trasladado también a la cárcel, donde serviría de prueba a la hora de las identificaciones, y Sol, recordando el otro cadáver que había quedado en la senda de la charca, quiso

rescatarlo con igual objeto y a pesar de lo avanzado de la hora decidió ir en su busca.

El fuego había sido dominado; pero las oficinas del *sheriff* quedaban en un estado tan deplorable que solamente con una amplia reparación, podrían ser habitadas de nuevo; por ello, el herido quedó instalado en la propia casa del médico de Lund, donde se encontraría mejor atendido.

Cuando ya nada quedaba por hacer en la plaza, Sol se dirigió a Adams, que se encontraba presa de la mayor tensión nerviosa a causa del suceso, y advirtió:

—Creo que le convendría tomar un poco el aire fresco de la mañana. Está empezando a amanecer y la brisa ahora es más tonificante.

—Lo que necesito es un zafarrancho de tiros donde me pueda desahogar a gusto—replicó el joven—. Estoy asqueado de esta lucha de zapa.

—Pues admítela como buena y consuélese de haber salido bien librado de ella. No nos presentarán otra y tenemos que admitirla así hasta que todo quede descubierto. Voy a la senda de la charca en busca del cadáver de aquel otro coyote que quedó allí. Si quiere acompañarme…

—Iré; quizá así me calme un poco.

—Bien, pero no olvide el rifle y los revólveres, por si le ayudan a calmarse para siempre. Yo ya no me fío aquí ni del aire que respiro.

Adams tomó el consejo y preparó sus armas. Luego, ambos, montando a caballo, abandonaron el poblado dirigiéndose hacia la charca.

El día empezaba a clarear. Una brisa fría y cortante acariciaba sus rostros como agujas de hielo, y el sol, frío, incoloro, de un amarillo rojizo, surgía por la cúspide de los montes lejanos pintando de oro buido el paisaje.

Ambos trotaron por la llanura hasta alcanzar la senda en la que penetraron con precaución. Esta se prestaba a una emboscada y no querían ser sorprendidos nuevamente por sus contumaces e invisibles enemigos.

Cuando llegaron al lugar donde habían dejado el cadáver éste había desaparecido. A Adams le extrañó sobremanera la desaparición, pero no a Sol, quien lo estaba sospechando.

Sus enemigos necesitaban eliminar el mayor número de pruebas y cuantas más se acumulasen en contra suya, más fácil era llegar al fondo del misterio.

Se iban a retirar cuando el joven, al volver la vista en derredor registrando la senda descubrió en el tronco de un árbol algo que mecía el viento, y al acercarse lleno de curiosidad descubrió que se

trataba de un papel clavado al árbol. Lo arrancó y, al examinarlo, comprobó que estaba escrito. Era un mensaje encabezado con el nombre de Sol.

Adams se apresuró a entregárselo y «el Vengador» leyó en voz alta:

> Sol King; has ido demasiado lejos y has revuelto este asunto demasiado para consentírtelo. Hasta ahora te ha protegido tu buena estrella, pero ésta se va a eclipsar. La próxima vez que zumbe una bala junto a ti será para dar en el blanco.

El mensaje no decía más, y Sol, después de comprobar que estaba escrito con la misma letra que el anterior, se lo guardó en el bolsillo sonriendo.

CAPÍTULO VII

VIGILANCIA EN LAS SOMBRAS



O queriendo perder tiempo en aclarar aquel embrolloso asunto, Sol se dirigió a la cárcel en compañía de Adams, al cual dijo:

—¿Es usted capaz de ir al rancho de Taylor y traérmelo aquí?

—¿Cómo que si soy capaz? Vendrá por su voluntad o le traeré enlazado como a un novillo.

—Pues vaya en su busca y no tarde. Vamos a ver si aclaramos a quién sirven estos buenos mozos.

Media hora más tarde Adams apareció a la puerta de la cárcel con el ranchero. Este se había mostrado reacio a seguirle; pero Adams le había colocado el revólver en los riñones, y Taylor, ante tan contundente argumento, no tuvo otro remedio que obedecer.

Cuando Sol le recibió en el pequeño vestíbulo, el ranchero, rechinando los dientes, gritó:

—Me está usted tratando como a un forajido y no se lo consiento. Usted no tiene nada contra mí para hacerme conducir hasta aquí como a un cuatrero y me quejaré a...

—Usted se quejará cuando le duela y le va a doler pronto. ¿No le ordené a usted ayer que retirase su guardia personal de la charca?

—¿Y no le obedecí, a pesar del perjuicio que podía ocasionarme?

—¿Que usted me obedeció y me encontré con cinco peones que me recibieron a tiros en su nombre?

Taylor palideció al oír la acusación y, dominando su genio, exclamó:

—Espero que no se estará usted burlando de mí.

—Le sabría muy mal, ¿verdad? Peor me supo a mí, sobre todo cuando estuve a punto de morir por dos veces a manos de su gente.

Taylor, pálido como un muerto, se irguió gritando:

—¡Basta, señor Sol! Mis hombres no han podido intentar matarle a usted anoche porque ninguno salió de mis pastos. Tuve que recluirles porque no querían dejar abandonada la charca.

Sol, intrigado ante la firmeza del ranchero, le tomó por un brazo y llevándole a la celda donde los dos peones permanecían

amarrados, se los mostró a través de la reja de la ventana, diciendo:

—Entonces, esa pareja de bravos a los que anoche tuve que reducir a puñetazos, ¿a qué equipo pertenecen?

Taylor los contempló con asombro y volviéndose hacia Sol afirmó:

—Como no pertenezcan al equipo del diablo, al mío ni pertenecen ni han pertenecido nunca.

—¿Sí? ¿Cómo puede demostrarlo?

—Que lo digan ellos. Si pregunta usted a mis hombres le dirán que ninguno les ha visto en su vida.

Aquello era algo más que lo que Sol podía admitir y abriendo la celda con violencia se precipitó en el interior de ella seguido de Taylor.

Sol tomó a uno de los vaqueros por el cuello de la camisa, lo puso en pie y amenazándole con el puño hasta casi hundírselo en la nariz gritó:

—¡Habla!... ¿No es ese tu patrón?

El peón miró al ranchero con curiosidad y por fin repuso:

—¡No!

—¿Cómo que no?—rugió Sol—. ¿No me dijisteis que obrabais en nombre del señor Taylor?

El vaquero afirmó con la cabeza.

—Sí.

—¿Y no es éste el señor Taylor?

—No.

Sol, cuya paciencia se iba agotando, le zarandeó rudamente, diciendo:

—O te explicas de una vez, o te juro que te desbago el rostro a puñetazos.

El peón leyó en los ojos de Sol que cumpliría su amenaza y rechinando los dientes, repuso:

—Bien, ya estoy harto de correr peligros por cien dólares. No sé quién es ese tipo, ni he tratado nunca con él y, por lo tanto, ignoro si es Taylor o no. Sólo sé que fui contratado en nombre de él para esperar en la charca la llegada de usted y tratar de echarle de allá como fuera.

—Bien, pero si has sido contratado en nombre de Taylor, conocerás a quien te contrató.

—¡Claro que le conozco!

—¿Qué señas tiene?

—Es alto, joven, moreno. Nos contrató en Módena a mí y a mis compañeros y nos dio instrucciones concretas. Debíamos evitar que usted se acercase a la charca, e incluso si se obstinaba, debíamos recibirle a tiros o arrojarle al agua con una piedra al cuello.

—¿Dónde está el rancho a que os llevaron?

—No nos llevaron a ninguno. Nos ordenaron acampar en los terraplenes que hay detrás de los pastos y allí nos fueron llevadas las órdenes por Jasper o Claudio, que eran los que dirigían todo en nombre del contratante.

—¿Cuántos sois en total?

—Cinco, y ellos dos, siete.

Sol calculó. Dos estaban presos, uno que había sido muerto por el jinete fantasma y otro por él, solamente quedaban tres.

—¿Reconocerías al que os contrató?

—Claro que sí.

Sol llamó a Adams, diciendo:

—Prepárese. Vamos a llevar a este pájaro al rancho del señor Taylor.

—¿Para qué?—preguntó éste extrañado.

—Para que uno a uno examine a todos los de su equipo a ver si reconocen al que actuó de mediador. Quiero hacerlo antes de que tenga usted tiempo de hacerle desaparecer de escena.

—Me está usted insultando y no se lo perdono—bramó Taylor. No tengo nada que ocultar.

—Bien. Eso lo veremos en seguida. Y si no lo descubro allí, visitaré por sorpresa todos los ranchos que están interesados en esa maldita charca. Alguien está actuando en las sombras y le tengo que hacer saltar.

Taylor se encogió de hombros. Sabía que contra aquel hombre tozudo y vehemente nada podía, y tenía que dejarle obrar a su albedrío.

Sol pasó un lazo por la espalda del peón y lo amarró a la perilla de su silla. Luego obligó al preso a salir por delante, siendo vigilado por Adams, que llevaba el rifle pronto a disparar.

Taylor se colocó al lado de Sol, y, sin decir palabra, se dirigieron a su rancho.

Cuando llegaron a él, Sol ordenó:

—Adams; preocúpese de que el señor Taylor no entre hasta que yo lo ordene.

—Descuide que así lo haré.

Sol llamó a la cerca y cuando el cocinero abrió le dio una orden:

—Busque al capataz y dígale de parte del señor Taylor que venga.

El peón desapareció, y poco después aparecía con el capataz, el cual se mostraba extrañado de aquella llamada.

Sol se volvió a Taylor, diciendo:

—Haga el favor de decir a su capataz que reúna a todo el personal en el patio sin excepción alguna.

Taylor, indiferente, ordenó:

—Cumpla lo que le piden, Jack.

Un cuarto de hora más tarde, todos los peones se encontraban reunidos en el patio, y Sol, haciendo penetrar al preso, dijo:

—Examínalos bien y dime si fue alguno de éstos quien se encargó de contrataros.

El forajido, tras pasar revista al grupo, exclamó:

—No es ninguno de éstos.

—¿No falta nadie, señor Jack? —preguntó Sol.

—Nadie en absoluto.

—Está bien. Puede usted enviarlos a sus faenas.

El grupo se disolvió haciendo comentarios y Sol, furioso, exclamó:

—Vamos a los demás ranchos. ¡Ah! Una advertencia, señor Taylor. No mande su ganado a la charca. Anoche volvieron a envenenar el agua.

El ranchero rechinó los dientes con ira; pero nada dijo y pasando al patio, se dirigió a su despacho sin despedirse de Sol.

Este, tozudo, repitió la visita en los ranchos de Pierce, Polk y Clay con el mismo resultado negativo, cosa que le encrespó.

O algo fallaba en aquella comprobación, o el forajido era un perfecto mentiroso que estaba tratando de jugar con él como un gato juega con un ratón y Sol no estaba dispuesto a consentirlo.

Más tarde repitió la prueba con el otro forajido sin obtener ningún dato que le sirviese para orientarse, y desesperado volvió a encerrar a los prisioneros en la cárcel, marchando a casa del médico a dar cuenta a Walling de lo sucedido y a consultar su parecer.

El *sheriff* no tuvo más fortuna que Sol y los dos se encontraban en un callejón sin salida que no acertaban a abandonar.

De todas formas, se imponía tomar una resolución. El ganado necesitaba agua y había que trabajar en la charca para expulsar la mayor cantidad de agua almacenada y renovarla esterilizando el resto.

Walling envió a un hombre de confianza a Junction, desde donde un técnico acudió en un calesín con elementos de esterilización, y dos días más tarde el agua se hallaba en condiciones de poder ser bebida por las reses que se hallaban sedientas como esparto al sol.

Para evitar intromisiones extrañas, Adams, con dos hombres ajenos a la ganadería, montaron la guardia en la charca con orden terminante de no dejar pasar a nadie a ella, y Sol se dedicó a estudiar aquel enojoso asunto, pues estaba seguro de que éste no había quedado liquidado.

Alguien velaba en la sombra dispuesto a recrudecer la campaña

con miras a un estallido, y todos, nerviosos, se miraban con desconfianza, pues habían llegado a creer que todos y cada uno estaban interesados en desplazar a sus rivales, anulando sus rebaños para provocar su ruina y la salida de la región.

Pero… ¿Con qué objeto? ¿Acaso alguien estaba interesado en quedarse con sus pastos y por eso trataba de echarles de allí de la forma más factible?

Sol hizo indagaciones, pero sin resultado. Nadie había recibido proposiciones de compra de sus haciendas y por aquel lado no había modo de fijar las sospechas.

Pero aun le quedaba algo por hacer. Visitar el lugar donde los forajidos se habían guarecido por orden de su misterioso contratante y tratar de descubrir a éste y a los tres miembros restantes de la partida.

Con las explicaciones que ambos prisioneros le dieron, una noche se dirigió a los farallones distantes una milla del lugar donde estaba enclavada la charca. Se trataba de un lugar áspero y escabroso, que formaba como una gran espina dorsal que se corría de Este a Oeste hasta alcanzar toda la pared rocosa que dividía el rancho de Wallace del de Taylor, y más adelante moría donde quedaba formado el embalse del agua.

Aprovechando que la noche estaba oscura y que solamente una luz muy débil, debido al claror de las estrellas, alumbraba el paisaje, abandonó el poblado, y dando un gran rodeo para despistar a sus posibles vigilantes, se encaminó al lugar elegido, dispuesto incluso a permanecer escondido en él varios días si era preciso, solamente para tratar de descubrir algo que le proporcionase una pista.

No tenía la menor noticia de los tres bandidos restantes y éstos debían hallarse escondidos en algún lugar de los farallones, a menos que hubiesen huido de la región, abandonando la partida.

Pero Sol no creía que esto lo hubiesen realizado. Quien se jugó todo hiriendo al *sheriff* y matando a su ayudante debía poseer un motivo muy hondo para continuar su obra y llevaría ésta hasta el fin oculto apetecido, o hasta que fuese descubierto y cazado.

Siguiendo este impulso, llegó por fin al lugar indicado por el preso. Allí, la pequeña, pero abrupta cordillera, se abría en docenas de bocas, fisuras, cañones y precipicios, y no era tan fácil como había supuesto verificar un registro.

Como la noche estaba oscura, decidió buscar un refugio para descansar, y al día siguiente, ayudado por la luz del día, procedería a una minuciosa búsqueda.

Nada turbó su sueño. «Stard», a quien había buscado un buen acomodo, no dio señales de inquietud, y Sol durmió bien, aunque

molesto por el intenso frío de la noche.

De mañana se preparó un buen desayuno y un mejor pote de café caliente y dio comienzo al registro, que no fue tarea fácil; pero mediado el día logró descubrir el lugar donde los forajidos habían estado acampados.

En una estrecha fisura tropezó con una gran cueva cubierta casi por salvajes arbustos, y en el interior encontró algunas mantas, un cuchillo, latas vacías de conservas y unos trapos manchados de sangre, señal de que alguien, herido, se había curado en aquel lugar.

Fuera, halló restos de hogueras donde debieron prepararse la comida, pero no logró descubrir nada más.

Sol estaba convencido de que habrían abandonado aquel refugio por inseguro; pero por si se confiaban y se les ocurría volver a él, dejó todo como lo había encontrado y se dedicó a buscar un lugar próximo desde el que pudiese vigilar aquel escondite.

Ascendiendo por vericuetos peligrosos, alcanzó un montículo cubierto de arbustos, y desde la cima observó que se abarcaba un excelente paisaje.

Bajo él se deslizaba como un *puzzle* todo el laberinto de grietas y barrancas que había ido dejando tras sí, y a su derecha, lo que constituía el espinazo de aquella chata y extraña cordillera, se corría en línea recta hacia los ranchos. Aunque muy lejos, alcanzaba a distinguir los de Wallace y Taylor, separados por aquella espina roqueña que se afilaba como un cuchillo basta morir en la charca.

En un socavón estableció su guarida. Nadie podía verle desde la parte baja y, en cambio, él, asomado al borde del montículo, podía atalayar todo cuanto se desarrollaba a sus pies en una extensión de varias millas.

Durante dos días permaneció en aquel extraño escondite durmiendo poco y vigilando mucho sin resultado alguno. Aquel lugar desértico, parecía abandonado de la mano de Dios, y era indudable que los forajidos, temerosos de las revelaciones de sus compañeros presos, lo habían abandonado para establecerse en algún otro lugar o quizá desapareciendo para siempre.

Desesperado por esta pérdida de tiempo y acuciado por el temor de lo que estuviese sucediendo en el poblado y en la charca, pues no confiaba mucho en las iniciativas de su joven ayudante, decidió que aquella sería la última noche que pasaba en los farallones. Si nada sucedía durante ella, regresaría a Lund y trataría de seguir sus pesquisas por otros medios.

Aquel día durmió hasta la caída del sol y cuando se hizo de noche y las estrellas empezaron a brillar en un cielo puramente azul, montó su acostumbrada guardia, esperando sin saber el qué.

No confiaba en descubrir nada y, sin embargo, nunca había sentido una desazón de nervios como aquella noche. Parecía como si su intuición le advirtiese que algo extraño iba a producirse, pero ignorando en absoluto qué iba a ser. La noche estaba ya mediada cuando al mirar por enésima vez hacia la parte llana, a cosa de media milla, le pareció que en la franja azul que la luna pintaba sobre el áspero terreno se movían unos puntos negros que avanzaban a regular distancia, y con el corazón palpitante de alegría se dispuso a descender de su observatorio para examinar más de cerca a aquellos extraños objetos movibles.

Llevando el caballo de las bridas, abandonó el áspero montículo y, a costa de no pocos peligros, descendió hasta una especie de senda que, serpenteando por entre los cantiles, bajaba en busca del llano.

A través de ella, podía alcanzar la parte baja en caso de necesidad o esconderse en algún accidente, si así lo exigían las circunstancias.

Ya más cerca, observó que aquellos puntos eran cuatro jinetes que avanzaban hacia los farallones, y el corazón le latió con inusitada alegría al hacer el descubrimiento.

Para él, aquellos cuatro jinetes eran los tres forajidos y quien les había contratado, los cuales daban señales de vida creyéndose quizá a salvo de todo peligro.

Y, montando sus armas, esperó.

CAPÍTULO VIII

OTRA VEZ EL JINETE FANTASMA



OS cuatro jinetes avanzaban en dirección a las estribaciones del gran farallón, sin duda con el propósito de internarse en él, y Sol no dudó en afirmar su creencia de que se trataba del resto de los elementos de la cuadrilla de envenenadores de la charca.

Ya convencido, tomó posiciones para espiar su paso y cuando se encontrasen en terreno peligroso, donde la huida no fuese cosa fácil, abriría fuego sobre ellos y que Dios decidiese a quién debía darle la victoria.

Se hallaba sumido en estas reflexiones cuando al mirar nuevamente hacia el lugar por donde avanzaban los jinetes descubrió uno más en la lejanía. Este avanzaba a un trote violento y se adivinaba que poseía un caballo de una velocidad y una resistencia excepcional.

Los cuatro misteriosos cabalgantes debieron captar el trotar del que les venía pisando el polvo de sus caballos y se detuvieron bruscamente, haciendo girar sus monturas. Luego se desplegaron en semicírculo y esperaron con las armas preparadas.

Sol comprendió al punto que aquel nuevo jinete no formaba parte de la partida y temió por él. Ignoraba sus intenciones; pero aquel cuarteto estaba decidido, sin duda, a que nadie se mezclase en su camino y se adivinaba que sus propósitos eran siniestros para con el recién aparecido. Sol, temiendo que fuese abatido sin tiempo a la defensa, se dispuso a mediar ayudándole, y descendiendo por la senda, siempre con los ojos fijos en el llano, ganó terreno hacia él.

De súbito palideció, lanzando un contundente juramento. Acababa de reconocer el negro caballo que montaba el jinete y los rasgos gráciles y esbeltos de éste, y un miedo enorme casi paralizó su circulación.

El jinete fantasma volvía a aparecer de nuevo, y esta vez en condiciones tan desventajosas para él que pagaría cara su imprudencia.

Y sin pensarlo más, lanzó a «Stard» por la pendiente azuzándole

reciamente para que ganara terreno, y loco de anhelo, confió en llegar al llano antes de que el choque se produjese; pero sus cálculos resultaron fallidos, pues uno de los jinetes, adelantándose a cortar el paso a su misterioso enemigo, disparó contra él a prudente distancia, quizá con ánimo de ahuyentarle.

El jinete fantasma no hizo caso del aviso. El tiro, disparado con un revólver, no había llegado a él y continuó su veloz carrera, aunque desviándose de la recta para trazar un semicírculo en torno a los indeseables.

Un nuevo tiro le advirtió de la acogida que iba a tener, más el caballo siguió avanzando intrépidamente.

Sol no pudo por menos de admirar la sangre fría y el valor del jinete y se preguntaba qué se propondría con aquella actitud.

A la clara luz de la luna le divisó alzando el brazo armado de rifle y una nube de humo seguida de una detonación vibró de su lado, para, instantes después, percibirse el doloroso relinchar de un caballo alcanzado por la hala.

Sol captó la maldición del forajido que se vio obligado a desmontar para no ser arrojado de cabeza a tierra, y entonces otro de los jinetes se acercó a él, ofreciéndole un lugar en su caballo.

Los otros dos dispararon contra el anónimo enemigo; pero éste cabalgaba a una velocidad endemoniada y los tiros no lograron hacer blanco.

Fue en tal momento cuando Sol irrumpió en el llano. Su revólver tronó por detrás de la línea de forajidos y el que había montado a la grupa del caballo de su compañero lanzó un grito impresionante y se dejó escurrir a tierra donde se revolcó un momento para quedar rígido.

Los sorprendidos giraron rápidamente ante el nuevo peligro, y mientras uno trataba de perseguir al jinete misterioso, los otros dos hicieron frente a Sol, intentando cercarle por derecha e izquierda.

Sol disparó sin dejar de galopar. Debió alcanzar a uno de ellos, porque le oyó blasfemar rudamente, pero no cayó del caballo y disparó.

Pero entendiendo que la lucha no podía serles todo lo favorable que necesitaban, alguien dio una voz, y él y su compañero se lanzaron hacia las grietas del farallón, huyendo perseguidos por los tiros de Sol.

Este, al verlos desaparecer por los accidentes del terreno, dudó entre perseguirles o no. El otro bandido trataba de acorralar al jinete misterioso y la vida de éste pudo para Sol más que su deseo de capturar a los indeseables. Picó espuelas y se lanzó en pos del bandido, el cual, al darse cuenta del intento, derivó su caballo hacia un bosque que se cerraba a un cuarto de milla, y dotado de un

caballo fresco y galopador, consiguió su objeto, desapareciendo sin que los disparos de su perseguidor consiguiesen hacer blanco en él.

Entonces Sol se quedó dudando. El enemigo se había dividido escabullándose de sus manos y solamente quedaba galopando por el llano el jinete misterioso, quien, al darse cuenta de la situación volvió grupas enderezando el rumbo hacia el Este.

Sol sintió la insaciable tentación de averiguar de una vez quién le ayudaba de aquella manera tan desinteresada, y le llamó a gritos; pero el jinete, desoyendo la llamada, procuró alejarse cuanto antes de él.

Esto enfureció a «el Vengador», y rabioso por aquella burla, decidió aclarar la incógnita en aquella ocasión única que se le presentaba.

Poseía un caballo como había pocos en todo el Oeste y aunque el del jinete fantasma era tan bueno como el suyo, confiaba en alcanzarlo.

Y sin dudarlo más, acarició los flancos de «Stard» con la espuela, gritándole:

—¡Adelante, pequeño; tenemos que darle alcance!

El caballo, como animado del mismo instinto que su dueño, se lanzó a un galope desesperado bajo el claro beso de la luna, estableciéndose una loca carrera cuyo final no se podía prever.

El jinete se dio cuenta rápidamente de la persecución y decidido a que ésta no se consumase se inclinó sobre la cabeza de su montura para facilitar su galope y se entregó a una desenfrenada carrera que «Stard» se veía y se deseaba para poder igualar.

El terreno elegido por aquella parte era llano y sin árboles ni accidentes que dificultasen la persecución, y Sol, esperanzado, esforzaba a su caballo para que no se dejase ganar aquel emocionante pugilato.

Insensiblemente el jinete iba perdiendo terreno. «Stard», a costa de un esfuerzo desesperado, lograba ganar metros y metros que le acercaban al jinete, y éste, desesperado, se esforzaba en aumentar la distancia, sin que sus deseos se viesen coronados por el éxito.

En esta desenfrenada carrera fueron dejando atrás el terreno llano. Ahora saltaban setos, descendían por declives violentos para enfrentarse con repechos ásperos y algunos árboles iban anunciándoles que se acercaban a algún lugar boscoso no muy lejano.

Sol, jadeante, admiraba la tozudez del jinete, negándose a darse a conocer y aquello espoleaba sus deseos. En aquel momento no hubiese dudado en disparar sobre el magnífico caballo negro de su auxiliador si hubiese temido que éste podía llegar a escapársele.

Pero tal cosa no podía suceder. Cada vez se encontraba más

cerca de él y no tardando mucho se habría puesto a la altura de su perseguido.

El jinete, dándose cuenta, lanzó un grito penetrante quo su caballo captó como una orden desesperada de esforzarse y pareció que surtía efecto, pues ganó algunos metros, pero pronto volvió a perderlos, precisamente cuando bordeaban un ancho arroyo que debía poseer un cauce de medio metro de fondo.

Sol, lanzando un alarido de alegría, consiguió poner su caballo junto al del jinete y asiendo las bridas con la mano izquierda, se preparó para enlazar al jinete con la derecha y arrancarle de la silla, única forma de lograr detenerle.

Era el momento en que el perseguido se decidía a cruzar el arroyo, y Sol se inclinaba en la silla para impedirlo.

Pero en aquel momento, el jinete, tomando una resolución desesperada, movió el brazo derecho en el que tenía asido el cañón del rifle y volteándole con energía de revés, lo dejó descargar en la cabeza de Sol de un modo bastante violento.

«El Vengador», sorprendido por el inesperado ataque, emitió un rugido de dolor, y debido a la postura se inclinó hacia fuera del Caballo, saliendo despedido de la silla y cayendo de bruces en mitad del arroyo, en el que se hundió, teniendo que realizar un violento esfuerzo para incorporarse.

El momento propicio había sido aprovechado por el jinete para salvar el obstáculo del agua y adentrarse como una centella por la zona boscosa que se cerraba a veinte metros más allá. Sol, aturdido por el golpe y chorreando agua, saltó del arroyo presa de la mayor desesperación, y en un impulso de ira, echó mano al revólver y disparó sobre el caballo negro, cuando ya éste se perdía entre los árboles.

El esfuerzo fue inútil. El revólver, mojado, no respondió al deseo de «el Vengador» y el perseguido desapareció de su vista sin esperanzas de ser alcanzado.

Sol, destrozado de los nervios, chorreando agua fría que le obligaba a tiritar y con un terrible dolor de cabeza a causa del golpe, se dejó caer al borde del agua con la cabeza apoyada entre las manos y un volcán de encontrados pensamientos torturándole el alma.

Por una vez había tenido al alcance de su mano la aclaración de aquel misterio y el destino se había negado a colmar sus ardientes deseos, cosa que le encendía de desesperación.

Estaba cansado de saber a aquel audaz entremezclado en su azarosa vida. Él se había impuesto una misión y la cumpliría hasta el final; pero le amargaba el éxito y zahería su vanidad el saber que aquel jinete anónimo seguía sus mismas huellas y le orillaba el

camino como si se tratase de un niño pequeño que necesitase mentores. Estas reflexiones se vieron truncadas por una visión más real e inmediata. Por preocuparse de quien le estaba ayudando había dejado escapar a los no menos misteriosos sujetos que provocaban aquellos conflictos y segaban la vida de quienes osaban perturbar sus siniestros planes, y él había ido allí a desenmascararlos y no a dar preferencias a sus asuntos sentimentales.

Levantándose con trabajo, dio unos violentos paseos para arrojar lejos de sí el frío que le producía la humedad, y luego se dispuso a buscar un refugio donde poder secar plenamente sus prendas.

Ahora no contaba con medios de encender fuego, pues los fósforos se habían mojado y tendría que sufrir las inclemencias del resto de la noche.

Se había alejado mucho del lugar por donde habían desaparecido los forajidos y tenía que volver a buscarlo, cosa que decidió dejar para el siguiente día.

El bosque cercano le parecía más propicio y se internó en él buscando alguna oquedad donde refugiarse.

El carcomido tronco de una milenaria encina, que debió servir de madriguera a algún oso, le brindó asilo y se dispuso a pasar la noche dentro do él.

Iba a refugiarse sin poder dar siquiera satisfacción a su estómago cuando, de repente, recordó que, en su bolsa, colgada de la silla había guardado un paquete de fósforos. El recuerdo le animó y buscándolos ansiosamente los descubrió en el fondo del saco.

Apiló leña y hojas secas, prendió un buen fuego al amparo de un surco y después de poner la sartén al fuego con manteca y unas lonchas de jamón, se despojó de sus vestidos y los colgó de la rama de un árbol cerca de la hoguera. Luego que el tocino estuvo fritó, colocó el pote de café, se preparó una buena dosis y se sintió reconfortado al tomarlo.

Cuando las prendas se encontraron secas volvió a vestirse, y atizando las brasas y colocando leños nuevos se introdujo en la cavidad y se dispuso a dormir unas cuantas horas.

Ahora sus ideas eran menos negras y deprimentes. Al recordar al jinete lo hacía sin rencor. Realmente, si él no estaba dispuesto a darse a conocer por razones íntimas, él no debía tratar de romper aquel incógnito, cuando, en lugar de perjudicarle, se estaba exponiendo peligrosamente solo por prestarle una ayuda que él no tasaba en su verdadero valor.

Sólo le resquemaba aquel acto de audacia atizándole tan soberbio culatazo con el rifle. Pudo haberle roto la cabeza, pero creía en su fuero interno que únicamente había tratado de impedir

que lo arrancase del caballo, no encontrando otro medio que aquel tan violento.

Y soñando con él, se quedó dormido, no despertando hasta que el sol lucía ya bastante alto en el firmamento.

CAPÍTULO IX

LA SORPRESA



NVADÍA a Sol un furor sordo contra sí mismo cuando montó de nuevo a caballo para abandonar el bosque. Había perdido la ocasión única de apresar o eliminar al resto de la cuadrilla que se dedicaba a envenenar el agua de la charca, y ahora, avisados con su presencia, se mostrarían más cautos o acaso renunciasen a su fatal empresa.

Quizá podía suceder también que, sabiéndole sobre su pista, se hallasen dispuestos a sorprenderle si intentaba volver por los farallones, y ante esta posibilidad su orgullo de hombre temerario se revolucionó, prometiéndose darles gusto, si tales eran sus intenciones.

Tenía que llevar a feliz término su compromiso sucediese lo que sucediese y no estaba dispuesto a retroceder, aunque fuesen cuatro los enemigos con quienes tendría que enfrentarse.

Después de calmarse un poco con la loca carrera del caballo, empezó a dibujar un plan de campaña. No cabía duda alguna sobre la solución; ésta se hallaba en aquella espina dorsal de roca y arbustos y allí tenía que descifrarla a tiros de revólver.

Cuando se encontró próximo a los farallones, en lugar de dirigirse en línea recta por el mismo camino que había descendido la noche anterior, dio un gran rodeo y después de localizar un buen refugio para «Stard», se dedicó a escalar las depresiones por lugares difíciles, y por ello, posiblemente poco vigilados, tratando de alcanzar la parte apta para adentrarse en los altos rocosos.

Suponía a sus enemigos apostados en las subidas estratégicas acechando para meterle dos onzas de plomo en la cabeza y tenía que desarrollar todo su ingenio para ser él quien les sorprendiese en lugar de ser él el sorprendido.

Con infinitas precauciones, fue ganando altura filtrándose por grietas inverosímiles y escalando peñascales propios para que trepasen los lagartos por ellos, hasta colocarse en un lugar bastante

bien situado que le sirviese de atalaya.

Desde allí, y procurando no darse a ver más que lo indispensable, estudió el paisaje árido y repelente que se abría ante él, estudiando los posibles lugares por donde podría deslizarse para avanzar cuando cerrase la noche. Su propósito era realizar una visita al lugar donde nacía el arroyo que surtía a la charca y quería hacerlo sin que nadie se diese cuenta de su visita.

Cuando dejó bien grabado en su retina todo el conglomerado de montículos, pequeños cañones, trochas y demás vericuetos que podía aprovechar para hacer más fácil su camino, aprovechó unos zarzales salvajes que crecían muy tupidos y se tumbó a su sombra con el revólver al alcance de su mano.

Cuando se hiciese de noche y asomase la luna se deslizaría por ellos y alcanzaría el nacimiento del manantial que, ahora, a la luz del sol, refulgía como plata líquida al despeñarse por entre un caprichoso conglomerado de rocas que lo recibían y escupían en hilos irisantes, serpenteando hacia abajo, donde iba a morir al cauce general para, después, filtrarse por una grieta de la montaña e ir a morir a la charca.

Sobre las diez, cuando ya la luna bañaba de través los farallones, abandonó su refugio, y cautelosamente, buscando las zonas sombrías para hurtar su figura a un posible acecho, empezó a avanzar en busca de la parte menos abrupta por la que podría alcanzar con más comodidad el lugar del nacimiento del manantial.

Fue un recorrido de más de media milla, pesado y agotador. No vislumbraba nada que le advirtiese de un posible peligro, pero algo le avisaba instintivamente que jamás su vida había corrido un peligro más grande que el que estaba corriendo en aquellos momentos.

Cada paso que avanzaba, cada piedra que dejaba atrás, le costaba un escuerzo violento de vigilancia y así, después de emplear dos horas en recorrer aquella leve distancia, logró alcanzar el caudal de agua.

Este nacía en el intersticio de dos enormes peñascales y caía desde una altura de seis metros sobre una gran piedra, que la acción de la caída había socavado en forma de tazón, para después verterse por los extremos en hilos caprichosos y luego deslizarse a través de surcos en las paredes, surcos que más abajo volvían a reunirse en una hondonada que debía ser bastante profunda.

De allí, al rebasar el cauce, el arroyo tomaba una dirección recta, encajonado por la Naturaleza en una mella de la roca, y así, en declive, se aceleraba, hasta que muchos metros más allá, se perdía definitivamente en la fisura de salida.

Sol alcanzó el cauce recto del arroyo y se detuvo a la sombra de

un peñascal, por uno de cuyos bordes se asomó echando una mirada hacia abajo.

A unas docenas de metros donde moría el farallón por aquel lado se distinguían los pastos del rancho de Wallace, y más allá, asentado sobre una depresión, el edificio iluminado por la luz de los quinqués de petróleo.

Con profunda atención examinó aquella parte del farallón, acometido por una idea repentina. La pared no era lisa ni estaba cortada a pico, sino que descendía en pendiente pronunciada y se formaba de rocas superpuestas, algunas planas, que muy bien podían servir a un hombre ágil para escalar la altura y llegar hasta el arroyo.

Una sospecha cruzó por su mente. ¿Por qué no podían haber ascendido por aquel lado desde el rancho de Wallace y envenenar el agua en su cauce, haciéndola llegar contaminada a la charca? La teoría no era absurda y, siendo esto viable, no podía descartar, como había descartado a Wallace de aquel feo asunto.

Animado por esta sospecha y siempre extremando las precauciones para no darse a ver, se dedicó a examinar cuidadosamente los alrededores del cauce, sobre todo por los lugares que estimó más fáciles de ser escalados desde los pastos, y cuando una de las veces se aventuró a salirse do la parte alta y registrar la pared cerca de su remate, algo brilló en ella a la luz de la luna que llamó su atención.

En un hueco que formaba el talud había algo escondido. Se lo decía aquel reflejo plateado que acababa de descubrir y, deslizándose por el borde, alcanzó el hueco.

Apenas puso el pie en él localizó el objeto. Se trataba de una gran lata que, al ser escondida con precipitación, indudablemente, había quedado un poco fuera y se denunciaba al brillar herida por la luna.

Se introdujo en el hoyo y rebuscó sonriendo con satisfacción.

Dentro descubrió basta dos docenas de latas iguales con una cabida de unos cinco litros cada una y al sopesar todas observó que una buena parte de ellas estaban llenas.

Destapó una y olió el contenido, retirando la nariz rápidamente. Ignoraba lo que contenía, pero por el olor y por el lugar del descubrimiento no hacía falta ser una pitonisa para sospechar que era el líquido destinado a envenenar el agua de la charca.

Bien. Ya había descubierto lo más importante. Ahora lo que le faltaba descubrir, era la persona encargada de llevar a término la tarca y eso lo descubriría, aunque tuviese que pasarse un mes seguido viviendo entre aquellas rocas como los lagartos.

Ahora todas sus sospechas se reconcentraban en el rancho de

Wallace. Aunque se podía llegar al cauce del arroyo por sitios diversos, como él había llegado, era indudable que el camino más corto y fácil era desde los pastos, y para llevar las latas intoxicantes a aquel refugio sólo desde el rancho podía hacerse con comodidad y sin descubrirse a ojos ajenos.

Dejó las latas como las había encontrado y ascendió de nuevo a la parte llana del cauce, dispuesto a buscarse un buen refugio desde donde vigilar aquella parte del farallón. Más tarde o más temprano, la persona encargada de verter el líquido en el agua tendría que ir en busca del tóxico, y entonces sería el momento de hacer acto de presencia.

Se alejó un poco y alcanzó de nuevo la gran piedra que le había servido de atalaya para examinar los pastos. Se trataba de un enorme hito cónico como clavado en el sendero junto al arroyo, y desde ésta al borde del farallón, por el lado de los pastos, habría una distancia de unos diez metros.

Sol rodeó la piedra, y cuando se disponía a seguir avanzando de frente, brilló un fogonazo, vibró el seco estampido de un revólver y una bala se estrelló contra la roca, a varios centímetros de la cabeza de Sol.

La piedra saltó en fragmentos, algunos de los cuales hirieron levemente en la frente al aventurero, y éste, de modo fulminante, guiándose por el resplandor que había brillado a diez metros de él a su derecha, junto a unas peñas, disparó a su vez.

Su fino oído captó un rugido de dolor, y una nueva detonación rasgó el silencio que reinaba en las alturas. Ahora disparaban desde el lado contrario y fue un verdadero milagro que la bala no le hubiese alcanzado en plena cabeza.

Sol se tumbó instintivamente en el suelo y con los dos revólveres amartillados, protegido por la enorme piedra, buscó el emplazamiento de sus enemigos. Estos, cuando menos, eran dos por aquel lado, pero ¿no surgirían los otros dos a su espalda cogiéndole entre dos fuegos?

Su situación no era nada halagüeña y sin perder de vista el lugar desde donde le habían disparado, buscaba un sitio más acogedor en el que poder protegerse.

A tres metros de la enorme piedra, próximo al cauce del arroyo, descubrió una especie de embudo. Ignoraba su profundidad, pero si podía alcanzarle y hundirse en él, su situación se haría más descansada y podría cubrirse mejor contra un posible ataque por la espalda.

Rápidamente tomó una determinación. Se quitó el sombrero y lo asomó un momento por el borde de la piedra. Dos disparos tronaron simultáneos, agujereando la prenda, pero Sol la dejó caer con

rapidez, disparó simultáneamente contra los lugares donde habían brotado los fogonazos y de un salto inverosímil cayó dentro del embudo, en el momento en que otra bala disparada a su espalda, rebotaba, aplastándose, contra la piedra, en el lugar exacto donde momentos antes se escondía.

Sol no pudo contener una siniestra carcajada de júbilo al darse cuenta de la jugarreta que había jugado a sus enemigos. Ahora en aquel embudo, que tendría casi un metro de profundidad estaba más al abrigo de los disparos, y, sobre todo, tenía despejados todos los frentes para batirse en igualdad de condiciones.

Los bordes de su refugio no eran lisos sino dentados y esto le facilitó poder echar profundos y rápidos vistazos a través de las mellas, aunque no sin exposición de ser localizado.

Ahora se hallaba rodeado de tres enemigos. Faltaba el cuarto, y esto le intrigaba, pues mientras no diese señales de vida, podía constituir un ignorado peligro para él y lo que necesitaba era tener localizados a todos para organizar su defensa.

Impaciente al no descubrir a sus atacantes, asomó la cabeza más de lo prudente. Una bala rozó su oreja como un hierro candente, pero la contestación suya fue mortal. Alguien lanzó un alarido de muerte y sólo respondieron dos armas al ataque.

—Bien, creo que uno se ha ido de viaje al infierno. Veamos si le encuentro un buen compañero de camino.

Esta vez no se expuso a recibir un nuevo impacto asomando la cabeza. Se quitó la chaqueta, tomó una rama seca que había en el fondo del hoyo, la introdujo en una manga y levantó ésta por el borde.

La respuesta fue rápida. La bala disparada atravesó el tejido limpiamente, pero el que disparaba se descubrió con exceso y el tiro de Sol se estrelló en el borde de la peña que protegía al tirador, levantando fragmentos de roca que hicieron el efecto de una ametralladora. Alguno de aquellos pedazos de roca, al salir rebotando con increíble fuerza, alcanzó en la frente al forajido, el cual se inclinó a un lado, cayendo fuera del parapeto con la cabeza apoyada en la tierra.

Sol se dio cuenta de que aquel no necesitaba más y sus esfuerzos se consagraron a buscar al tercero, emboscado a su izquierda.

Pero ahora nadie disparaba. O el emboscado había huido estimando que la partida estaba perdida o no se atrevía a asomar la cabeza por temor a correr la misma suerte que sus compañeros.

Sol apeló a diversos trucos para obligarle a descubrirse, pero en vano; y aburrido e impetuoso, perdió la paciencia y se aventuró a asomarse por encima del borde del pozo. Nadie disparó sobre él, y extremando su imprudencia saltó fuera con las armas amartilladas y

los ojos clavados en el lugar desde donde le habían estado disparando.

Pero su avance no fue interrumpido por nadie y cuando llegó al sitio donde había estado su enemigo descubrió que éste había desaparecido.

Extrañado, buscó una explicación y sólo se la pudo brindar el arroyo. El forajido debió saltar al cauce y arrastrándose por él se había alejado de tan peligroso lugar.

Sol no estaba dispuesto a dejar que se escapase y de modo análogo decidió emprender la persecución.

Se deslizó dentro del agua, que le cubrió hasta las rodillas, y con el cuerpo inclinado para no darse a ver por las orillas, empezó a avanzar lentamente, buscando a su enemigo a lo largo de la cinta de agua; pero, o debía haber avanzado muy rápido o saltado fuera del agua en momento oportuno, pues no alcanzaba a distinguir su sombra.

Esto le obligó a detenerse asustado. Si el forajido había llevado a cabo esta última maniobra y se hallaba oculto en lugar propicio, vigilando su paso, le sería facilísimo deshacerse de él antes de descubrirlo y resultaba necio haber jugado una partida tan peligrosa con un gran éxito inicial para ahora perder el juego estúpidamente.

Era preferible dar la cara y exponerse con alguna garantía de éxito antes que dejarse cazar como un conejo, e irguiéndose bruscamente con los revólveres amartillados echó un vistazo profundo en derredor buscando a su enemigo.

Esperaba sentir el estampido de un revólver y la caricia de una bala, pero no sucedió así. En cambio, a veinte metros de él, al borde del arroyo, descubrió un cuerpo inclinado sobre el cauce, forcejeando con algo que tenía entre las manos.

Rápidamente se dio cuenta de que se trataba de una de las latas descubiertas poco antes. El individuo, un tipo alto y robusto, estaba aprovechando febrilmente el tiempo para verter el contenido de ellas en el arroyo y luego desaparecer.

Sol estiró el brazo y disparó. La bala pegó de lleno en el adminículo, que sonó sordamente, para escaparse de manos del forajido y rodar por las peñas por la fuerza del impacto, y el individuo misterioso, sorprendido y rabioso, se volvió rápidamente tratando de extraer el revólver que llevaba al cinto y disparar sobre Sol.

Este cortó su acción disparando sobre él, pero como su deseo no era sólo descubrir quién era, sino obligarle a hablar para que denunciase por cuenta de quién actuaba, disparó a herirle solamente.

La bala se le clavó en una pierna obligándole a soltar el revólver

para llevar, en un movimiento instintivo, las manos al lugar herido, y Sol, aprovechando el momento saltó sobre él dispuesto a imposibilitarle todo movimiento defensivo.

Pero «el Vengador» había juzgado mal a su enemigo. Este, joven, fuerte, vigoroso, animado por una rabia exacerbada y dominado por la trágica visión de un porvenir dramático, se lanzó suicidamente sobre Sol y de un fiero zarpazo atenazó su mano, doblándosela con tal furia que le obligó a soltar el arma y a lanzar un rugido de dolor.

Pero hábil en toda clase de luchas, giró vertiginosamente el cuerpo para contrarrestar la acción de palanca de su enemigo y con la cabeza le administró un terrible golpe en la barbilla que aquel acusó aflojando la presión.

Entonces el cambio se produjo al intentar Sol atenazar a su enemigo por el cuello, pero éste se defendió heroicamente asiendo los brazos de su rival con terrible violencia, y ambos, obligados por el dolor, cayeron a tierra debatiéndose en ella como fieras rabiosas.

Fue una lucha fantástica en la que sin darse cuenta se iban corriendo hacia el borde del farallón con peligro de rodar por él al llano desde una altura de más de treinta metros.

Sol se dio cuenta del peligro y realizó esfuerzos terribles empujando a su enemigo hacia dentro, única manera de librarse del trágico peligro; pero el forajido, en el último momento, se dio cuenta también de la catástrofe que le amenazaba, y viéndose perdido, trató de arrastrar con él a su duro contrario.

En lugar de debatirse para evadir la caída, realizó un esfuerzo supremo y elevando las piernas a lo alto giró empujando con él el cuerpo de Sol.

Ambos perdieron el punto de apoyo y rebasando el borde del farallón saltaron sobre él, escurriéndose por la inclinada pendiente hacia el abismo...

* * *

El estampido de las detonaciones alarmó a los moradores del rancho de Wallace.

Los peones, apenas captaron los primeros disparos, no tardaron en localizar el lugar en donde se producían y presintiendo que aquello tenía una estrecha relación con el envenenamiento del agua de la charca, se apresuraron a mandar aviso a su patrón, al tiempo que los más arrojados se lanzaban al farallón buscando los lugares más factibles para poder escalarlo y alcanzar el cauce del arroyo.



¡Cuidado!... ¡Cuidado...!

Wallace fue de los primeros en acudir, y entre todos se comenzó la difícil ascensión por diversos puntos, luchando con la falta de luz, aunque la luna facilitaba en parte la peligrosa labor.

Un grupo de dos peones, acompañados por el capataz, había conseguido ser de los primeros en ganar altura y cuando se encontraban a unos metros de la planicie, el más adelantado lanzó un grito y advirtió:

—¡Cuidado!... ¡Cuidado!... ¡Que caen!

Era el momento trágico en que Sol y su enemigo, perdido el punto de apoyo, rodaban por el contrafuerte hacia los pastos.

Los peones palidecieron de espanto y se aferraron convulsamente a los salientes de las peñas temiendo ser arrollados por los fanáticos luchadores, pero algo evitó esta doble catástrofe. Un saliente plano de roca cubierto de musgo recibió los dos cuerpos entrelazados y ambos quedaron tendidos en la piedra, casi colgando hacia el abismo.

El golpe, sobre todo el que sufriera el forajido que había caído debajo, debió ser terrible, pues quedó como un muñeco encogido, mientras que Sol, atontado, pero sin lesiones graves, se debatía por incorporarse en la piedra.

Alguien, sin reconocerle, le advirtió que no se moviese si no quería recibir un tiro y «el Vengador», medio deshecho, se dejó caer en la piedra con la cabeza apoyada entre las manos.

Dos vaqueros consiguieron alcanzar el borde del farallón, y desde allí, auxiliados por otros que llegaron después, emplearon sus lazos arrollados a la cintura e izaron de nuevo a los contendientes.

Cuando los dejaron tendidos sobre la tierra se apresuraron a examinarlos. Pronto fue reconocido Sol, al que algunos peones se apresuraron a auxiliar; pero, de pronto, el capataz, que examinaba el cuerpo del otro caído, lanzó un grito que escalofrió a sus compañeros:

—¡Por San Jorge! —exclamó emocionado—. ¡Si es Grover, el sobrino del señor Wallace!

Un silencio de muerte reinó durante un momento en las alturas. Luego todos se precipitaron sobre él, examinándole. No había muerto, pero se hallaba gravísimo a causa de una terrible herida que sufría en la cabeza.

Sol, a pesar de su estado de inconsciencia, al oír que su duro rival era el sobrino del ranchero Wallace, sonrió con ironía y murmuró:

—Bien, espero a ver qué dice ahora el señor Wallace.

Con infinitas precauciones, tomaron al herido y por el camino más fácil, aunque teniendo que descender por el lado contrario para hallar el llano, consiguieron bajar a los contendientes y trasladarlos al rancho.

La noticia había llegado a éste a través de unos peones que volvieron a descender por el farallón, y cuando el grupo llegó a la hacienda, el ranchero Wallace, más blanco que el papel, salió al encuentro de ellos.

Grover fue depositado en el lecho, mientras el médico de Lund acudía llamado con urgencia, y Sol, realizando un supremo esfuerzo, se dirigió al ranchero, diciendo:

—Ardo en deseos de saber cómo se justifica usted ahora y desvirtúa la verdad. Ha sido su sobrino quien estaba envenenando el agua cuando lo sorprendí.

Wallace, balbuciente, exclamó:

—Sólo pido a Dios que le dé cinco minutos de lucidez para que hable y se explique. Sólo puedo jurar que he sido tan sorprendido como usted por ello.

—Bien, ya lo veremos.

Sol se tomó algunos tragos de coñac para reanimarse y cuando el médico acudió todos le rodearon ansiosamente.

El doctor examinó la herida y murmuró:

—No creo que viva muchas horas. El golpe ha sido terrible.

—¿No puede usted hacer algo porque hable?—preguntó ansioso el ranchero—. Me va incluso la vida en ello.

El médico realizó toda clase de esfuerzos para reanimarle, y cuando el sol rompía el herido abrió los ojos, clavándolos un momento en el ranchero.

Este, trémulo de angustia, preguntó:

—¡Grover!... ¡Desgraciado!... ¿Qué has hecho?

El herido, en un violento esfuerzo, musitó;

—Perdón... tío... perdón... Yo solo fui quien... Estaba desesperado... Odiaba a Taylor por... porque me negó la... la mano de su hija... y le... le odiaba a usted porque... no me facilitó medios para... para casarme con ella... Por eso... quise envenenar la charca... para que... él... perdiese todo y se arruinase y usted... usted pareciese el... el culpable...

Un silencio de muerte reinó en la estancia después de la declaración. El herido abrió la boca para decir algo y sólo acertó a musitar:

—¡Per...don!...

Sol estaba asombrado por la revelación que exculpaba al ranchero, y éste, aliviado por la confesión de su sobrino y dándose cuenta del asombro de su huésped, se lo llevó a su despacho, donde ofreciéndole un buen vaso de coñac para que se reanimara, dijo:

—Si prefiere irse a descansar, hágalo, y mañana le contaré la historia. Si no... lo haré ahora...

—Prefiero oírla ahora. Quedaré más tranquilo.

—Pues la historia es corta. Grover es hijo de una hermana mía que falleció hace tres años. Lo traje conmigo y aunque no parecía muy apto para el cuidado de los hatajos, lo era para los negocios, y lo empleaba en ir a tratar sobre la venta de las reses y otras gestiones burocráticas.

Un día se enamoró de Diana, la hija de Taylor, mi más feroz enemigo, y yo le aconsejé que desistiese de ello; pero no me hizo

caso y siguió cortejándola. Más el día que el padre de ella descubrió estos amores mandó a su hija a un poblado lejos de aquí, cortando de raíz las relaciones.

Grover, desesperado, pretendió que le prestase unos millares de dólares para ir a establecerse al lugar donde está la muchacha. Yo se los negué, porque sabía la batalla que iba a librar con Taylor inútilmente y porque Grover era incapaz de defender el dinero en negocios de ganadería. Mi sobrino pareció resignarse y no volvió a hablar de ello, pero yo sospeché que, cuando salía a recorrer la comarca, en plan de negocios, se acercaba a ver a la muchacha.

Hace diez días le envié a Laho y Hupton, donde debía realizar ciertas gestiones, y aunque me extrañaba su tardanza, no me preocupé, porque supuse que había ido a ver a Diana y pasar algunos días junto a ella y no quería mezclarme más en sus asuntos amorosos; pero lo que nunca sospeché es que se hubiese dedicado a organizar este trágico complot y que hubiese regresado de incógnito, guareciéndose en la montaña y preparando tan miserable golpe. Ha sido providencial que usted lograse descubrirlo de esa manera tan trágica y no sabe lo que se lo agradezco, aunque ha estado usted a punto de mandarme a la horca con su noble acción, pues de no haber podido hablar Grover todas las culpas, hubiesen recaído aparentemente sobre mí.

«Esto es, a grandes rasgos para no fatigarle, la historia de este suceso. Ahora me agradaría saber cómo lo pudo usted descubrir en el momento culminante.

Sol, por su parte, contó sus peripecias en lo alto de los farallones, y cuando dio fin a su relato estaba tan agotado que el propio Wallace le tomó del brazo y le condujo a una habitación, donde le dejó al cuidado del médico.

Durante una semana luchó con la fiebre hasta que ésta fue cediendo y, pasado este tiempo, pudo abandonar el lecho.

Wallace no le dejó marchar tan rápidamente y, le obligó a pasar unos días en sus pastos tonificándose y adquiriendo fuerzas. Su terrible misión exigía de él un estado físico perfecto y no debía reanudar sus aventuras sin recuperar energía.

Sol se apresuró a escribir una carta a Pine dando cuenta del resultado de su gestión y anunciando su propósito de pasar una temporada alejado del valle para regresar definitivamente cuando la considerase cumplida. Esperaba el asenso de su novia con verdadera ansiedad.

La respuesta llegó rápidamente, pero fue un desencanto para él. Le contestaba Lee, el padre de Magde, y le decía que su novia, no pudiendo soportar la estancia en el pueblo sin tenerle a su lado, se había ido a Módena, donde pasaría el invierno con su tío, pero que

le trasladaría la carta en cuanto tuviese ocasión.

Sol sufrió un rudo golpe al no recibir noticias de ella y decidió no esperar más. Estaba seguro de flaquear si ella se lo pedía y así lo evitaría justificadamente.

Ocho días más tarde, creyéndose en condiciones de reanudar sus marchas, se despidió del ranchero con un recio apretón de manos y fue a hacer lo propio con Walling, el *sheriff*, a quien debía devolver su estrella.

Walling, ya muy mejorado, le felicitó por su hazaña y le dio las gracias por su intervención.

—¿Hacia dónde piensa usted marchar ahora?—preguntó.

—No lo sé. Donde el viento me lleve y pueda calmar mis nervios disparando cuantos más tiros mejor.

—Entonces le aconsejo que se dirija a Sierra Blanca. He oído que por allí suceden cosas terribles y quizá le agrade comprobarlas.

Sol, desesperado, no se dio a pensar en más que en la oportunidad de vaciar su deseo y prometió dirigirse hacia allí.

Se dirigió a la posada para recoger su menaje y se sorprendió cuando el posadero le entregó una carta que habían dejado para él. Impaciente, la abrió, leyendo con sorpresa:

> «Sol: te ruego me perdones la violencia que tuve que emplear contigo para evitar que descubrieses mi incógnito. Yo también tengo un voto hecho y quiero cumplirlo sin que nadie me lo impida.
>
> »Ya sé que has triunfado y me alegro. Supongo que ahora te dirigirás a lugares remotos, donde creas librarte de mi pobre ayuda. Te prometo que así será, pues de momento he decidido descansar también un poco. Quizá más tarde nos encontremos y algún día por propio impulso te revele este «secreto» que tanto ansías conocer.
>
> «Entre tanto, y como recuerdo de nuestra segunda aventura, te envío eso para que lo añadas al otro que supongo conservarás.
>
> «Te desea mucho acierto y suerte,
>
> El Jinete Fantasma.»

Con la misiva, enviaba un pequeño pañuelo de fina seda. Este era de color heliotropo.

Sol lo guardó en el pecho y abrasado por la vergüenza y la rabia, picó espuelas al caballo y se perdió en la lejanía, camino de Texas.

FIN

Artes Gráficas GRIJELMO, S. A.-Bilbao